

EL CEMENTERIO VIVIENTE

BURTON HARE

Desde luego, debía tratarse de un cementerio de la Edad Media. En otros tiempos había sido cercado por una pared de rústicos ladrillos de tierra sin cocer, que ahora estaba caída y arruinada, a grandes trechos.

Caminó por entre las lápidas, tratando de leer los caracteres extraños de sus inscripciones. Se sorprendió de que no hubiera ninguna cruz en todo el recinto mortuorio.

De pronto se detuvo, intrigado por la extraña sensación que culebreaba por su espalda. Miró en torno. No cabía duda de que estaba solo allí. No obstante, tenía la desagradable sensación de que unos ojos ocultos le espiaban; unos ojos malignos que de algún modo podían constituir una amenaza…



Burton Hare

El cementerio viviente

Bolsilibros: Selección Terror - 171

ePub r1.0
xico_weno 18.11.16

Título original: *El cementerio viviente*
Burton Hare, 1976
Ilustraciones: Desilo

Editor digital: xico_weno
ePub base r1.2





st
SELECCION
TERROR

CAPÍTULO PRIMERO

El caserón se alzaba sobre una leve ondulación del terreno, oscuro y sombrío, pero conservando en sus viejas piedras la noble prestancia de su pasado glorioso.

Árboles centenarios le protegían de los fríos vientos del norte, aunque no de la bruma en los días húmedos. El hombrecillo se guardó muy bien de hablar de eso.

—Es una verdadera ganga por ese precio, amigo mío —dijo, en cambio—. Un lugar tranquilo, paisaje hermoso y una casa que es casi un palacio…

El hombre que le escuchaba paseaba la mirada por el terreno que rodeaba la casa hasta más allá de la arboleda. Era alto, vestía con elegancia y se protegía del airecillo marino que se adentraba en la tierra con una ligera gabardina gris. Su rostro hubiera podido ser incluso hermoso y varonil de no mediar la inexpresiva mirada de unos ojos fríos como un témpano.

—Si todo eso es cierto, señor Hobbs, no me explico cómo esa ganga está sin alquilar, desde hace tanto tiempo.

—Bueno, no suelen venir muchos forasteros por aquí, usted sabe. Y las gentes de la comarca no necesitan una vivienda tan lujosa. Ni podrían permitírsela tampoco, naturalmente.

—El lugar es verdaderamente encantador…

El agente de la inmobiliaria se frotaba las manos. Pensaba que su obligación era alquilar el condenado caserón sin preocuparse de los motivos del posible inquilino para decidirse a vivir en él.

Así que remachó:

—Si se decide usted, señor Rogers, encontrará fácilmente servicio en la población que hemos atravesado al venir.

—¿Stonehaven?

—Dista sólo unas pocas millas. Y en el buen tiempo tiene una

bonita playa, y lugares de diversión incluso.

—Yo no busco una vivienda como ésta para correr después tras las diversiones, señor Hobbs.

—Claro, tiene usted razón. Yo quise decir que en ese pueblo podrá contratar las sirvientas que precise.

El señor Hobbs volvió a decirse una vez más que su obligación era alquilar la casa, cobrar el adelanto y desentenderse de lo demás. Si era preciso mentir un poco no perjudicaba a nadie. El hecho de que ningún habitante de los alrededores aceptara jamás residir en el caserón no era algo como para decírselo entonces al cliente.

—¿Qué hay más allá de ese promontorio?

—¿Cómo…?

El futuro inquilino señaló una pequeña colina rocosa.

El señor Hobbs tragó saliva.

—Unas ruinas medievales, apenas unos restos entre los que crecen matorrales.

—Entiendo.

El señor Hobbs suspiró. Si realmente el cliente hubiera entendido…

—Ya ha recorrido usted el interior —dijo para desviar el tema—. Está impecable y bien conservado. Y por ese precio…

—Aún no me ha dicho el definitivo.

—Quinientas libras al año, señor Rogers. Creí que lo sabía.

—Demasiado caro.

—Coloque esta casa en un lugar más accesible y no la encontrará por menos de mil libras.

—Está bien, no vamos a regatear como verduleras de mercado. Me quedaré con la casa.

El señor Hobbs hubo de echar mano de todo su dominio para evitar que el cliente viera su entusiasmo por haberse quitado de encima aquella monstruosidad.

—Las condiciones que impone la propietaria, señor Rogers, son sencillas. Contrato anual y una anualidad por adelantado.

—Bien. Podemos volver a su despacho.

Caminaron hasta donde el señor Rogers había estacionado su gran «Bentley» gris metalizado. Dentro del coche se agitaba un perro lobo inquieto. Era un soberbio animal cuyos colmillos relampagueaban de vez en cuando para desazón del señor Hobbs.

—¿Qué te pasa, «Sultán»? —Dijo el señor Rogers—. ¿Quieres salir?

Abrió la portezuela, pero el perrazo titubeó. Luego se deslizó fuera del coche y dio un paso indeciso, aquí y allá.

Su amo enarcó las cejas ante su comportamiento. Luego, de pronto, el animal se inmovilizó, se le enderezaron aún más las orejas con todo el cuello espeluznado, se le erizó el pelo y con el vientre casi pegado al suelo retrocedió.

—¿Qué diablos tienes? Ni que vieras al diablo, y estamos solos aquí.

Con un sordo gruñido, «Sultán» dio un brinco y se metió en el coche, sobre el asiento posterior.

—No lo comprendo. Nunca se porta de este modo absurdo —rezongó el señor Rogers. Y añadió—: En realidad sólo le tiene antipatía a un hombre en todo este podrido mundo.

Hobbs temblaba. Se esforzó para que su voz fuera normal.

—¿Un hombre dice usted?

—Percy Sikes, un pariente lejano mío. Un mal sujeto sin duda. «Sultán» le detesta de un modo terrible.

Los dos hombres se acomodaron en el asiento delantero y el señor Rogers hizo dar la vuelta al coche y emprendieron el camino de regreso.

Allá atrás, la sombría casona conocida por Kendal Manor volvía a quedar sola, amparada por la arboleda, a la espera de sus nuevos ocupantes.

Claro que también había quien en la comarca no la llamaba Kendal Manor, sino Devil House… «La casa del diablo»…

CAPÍTULO II

El superintendente Mac Neil torció el gesto con desagrado.

—No me parece que esté usted en sus cabales, Vernon —gruñó de mal talante—. ¿Qué pretende, provocar una demanda por difamación y libelo contra Scotland Yard?

Anthony Vernon, de pie frente a la mesa, encendió un cigarrillo. No era hombre que se impresionara por los malos humores de sus jefes.

—Todo lo que quiero es evitar otro crimen, señor —dijo con calma.

—¿Tiene alguna prueba de que los otros dos se cometieron, realmente? La encuesta legal certificó accidente en ambos casos y usted lo sabe muy bien.

—Se equivocaron. O se rindieron ante la falta de evidencias, señor. Para mí está más claro que la luz. Ese individuo se casó con esas mujeres sólo para heredarlas a su muerte.

—Pruébelo.

—¿Cómo, si me atan de manos? Ahora va a casarse por tercera vez con una mujer millonaria, medio neurasténica y sin familia. Si alguien no la previene a tiempo en cuanto haya hecho testamento a favor de ese maldito buitre morirá. Sufrirá un bien estudiado accidente y…

—Más despacio, Vernon —le atajó el superintendente de Scotland Yard—. No puede usted enfrentarse a esa mujer y decirle lo que está diciéndome a mí. Tan pronto ella lo repitiera a ese hombre… ¿Cómo se llama, Rogers? Eso es, Duncan Rogers; tan pronto ella se lo repitiera él estaría en su derecho de presentarnos una demanda que hundiría Scotland Yard en el descrédito.

Anthony Vernon caminó por el despacho, ceñudo, y fue a detenerse junto a la ventana. El tráfico discurría lento por la calle y

el día era limpio y soleado. Sin volverse masculló:

—¿Se le ocurre algo concreto que nosotros podamos hacer, señor?

—Nada en absoluto.

—¿Y si le vigilásemos?

—No sea absurdo, Vernon. Usted es un buen policía, de modo que no diga simplezas. Necesitaríamos la mitad de toda nuestra plantilla para un trabajo de esta clase. Y no daría resultado.

—¿Entonces…?

El superintendente Mac Neil chupó su pipa apagada y de pronto exclamó:

—¡Ahora recuerdo que usted tiene pendiente una semana de vacaciones, Vernon!

Éste se volvió, asombrado.

—¿Qué tiene que ver con…?

—Tómese siete días de asueto. Yo firmaré la hoja oficial.

Anthony Vernon se acercó a la mesa.

—Ya veo —murmuró—. Pero no dará resultado. Rogers se casa pasado mañana. No la matará en una semana, no es tan tonto. ¿De qué servirá que yo le vigile durante siete días?

—Le pondrá nervioso por lo menos. Sabrá que le vigilamos y eso evitará que se precipite a enviudar. Y quién sabe… hasta es posible que sea un matrimonio feliz después de todo.

—Es un buitre, señor —insistió Vernon.

—Eso no es más que una opinión suya, inspector. Mucho me temo que desenfoca usted la perspectiva de este asunto. Hasta ahora, Duncan Rogers es un caballero perfectamente honorable. Ha enviudado dos veces, conforme, pero en sendos accidentes clarísimos en los que no se ha encontrado nada sospechoso.

—Tan sólo que en ambos casos, las mujeres habían firmado un testamento a su favor sólo diez o doce días antes de cada accidente. Y Rogers tiene unos antecedentes tan negros como el chaleco del príncipe de los infiernos, maldita sea. Ha vivido casi desde la infancia a costa de las mujeres…

El superintendente esbozó una sonrisa.

—Si ellas no se quejan no es ningún delito, Vernon. Recuerde que el cincuenta por ciento de los personajes de las revistas del corazón son *gigolos* en cierta medida.

Anthony Vernon esbozó un gesto de desaliento.

—Muy bien, señor. Esperaremos a que mate a esta tercera mujer y entretanto rezaré para que esta vez cometa un error y podamos quitarle la máscara. Un pequeño error tan sólo —repitió, con los dientes apretados—. Algo que demuestre que el accidente fue preparado… y le echaré el guante.

—La tenacidad es una gran virtud para un policía. Vernon. Pero no desorbite los hechos. No convierta jamás un caso en asunto personal. ¿Entiende lo que quiero decir?

—Perfectamente, señor.

—Bien, tómese esos siete días de vacaciones. Diviértase y dele a entender a ese caballero que no nos hemos olvidado de él. Quizá eso le haga reflexionar.

—Comprendo.

—Y tenga cuidado. Haga lo haga, será por su cuenta y riesgo, de modo que oficialmente Scotland Yard no le respaldará.

Vernon asintió. Tomó su sombrero flexible y dirigiéndose a la puerta dijo como despedida:

—Por lo menos, señor, asistiré a la boda.

Salió encasquetándose el sombrero. Ese sombrero gris, pequeño y deportivo que era la desesperación de sus superiores inmediatos. No era un sombrero serio ni honorable. En absoluto.

En realidad no había mucho de serio tampoco en el inspector Vernon. El superintendente se preguntaba en ocasiones por qué un hombre como aquél había abrazado la oscura profesión de detective…

Vernon anduvo un buen trecho sin rumbo, pensando en el hombre que se había convertido para él casi en un desafío viviente. Aquel Duncan Rogers era un asesino y no valían paliativos.

De pronto llamó un taxi y le dio una dirección al conductor. Ya que estaba de vacaciones nada le impedía realizar una visita estrictamente privada…

* * *

Wrigley Terrace está situada en una respetable región donde South Kensington limita con Chelsea. Es uno de los grupos de casas con jardín tan monótono como multitud de otros semejantes que la falta de imaginación de las urbanizadoras han sembrado para

desespero y vergüenza de Londres en este caso, y de todas las grandes ciudades en general.

El taxi dejó a Anthony Vernon en el centro de una plazoleta rodeada de viviendas de dos plantas, con un diminuto jardín ante la fachada y otro un tanto más extenso en su parte posterior.

El inspector caminó internándose por una tranquila calle donde el sol de ese final de verano era tamizado por los árboles que daban sombra a la acera. Se detuvo frente a una casa de ladrillo rojo, de dos plantas como casi todas las demás. El jardín estaba bien cuidado y un enorme perro lobo inspeccionaba con interés un rincón sombrío donde crecía un macizo de rosales.

Vernon lo pensó un poco antes de internarse por el jardín. Aquel perro infundía un saludable respeto a los inoportunos visitantes.

Al fin se decidió. En cuando hubo pisado la grava del sendero, el perrazo se desentendió de los rosales y trotó hacia él sin un ladrido.

Vernon hubiera preferido que empezara a ladrar con toda su boca. Se quedó quieto y el perro llegó hasta él enseñándole sus impresionantes colmillos.

—¿Qué te pasa, amiguito? —Gruñó el inspector—. Tú y yo ya nos vimos una vez, deberías recordarlo.

La voz tranquila del hombre tuvo la virtud de hacer que desaparecieran los colmillos. Entonces el perrazo se dedicó a olisquear los pantalones y luego levantó la cabeza. Vernon dejó que el frío hocico inspeccionara su mano y al fin pareció que el corpulento guardián daba su visto bueno. Se apartó y con un par de broncos ladridos se dirigió a la casa.

Vernon lo siguió en el momento en que se abría la puerta.

—Acérquese sin miedo —dijo el hombre que había aparecido—. «Sultán» no es tan fiero como parece.

—Buenas tardes, señor Rogers. ¿Se acuerda usted de mí?

—¿Cómo no? De Scotland Yard, creo.

—Inspector Vernon.

—No recordaba su nombre, inspector. ¿Quiere pasar?

Entró en la confortable casita. Olía a tabaco y a loción masculina. El perro dio una vuelta completa al salón, como eligiendo un lugar determinado, y al fin se tumbó bajo la ventana.

—Siéntese, inspector. ¿Puedo ofrecerle algo de beber?

—No, gracias.

—¿He de entender entonces que se trata de una visita oficial? Tenía entendido que la encuesta por el desgraciado accidente de mi esposa había terminado…

—Y terminó, en efecto, ya lo sabe usted.

Vernon se sentó en una profunda butaca. El dueño de la casa lo hizo en otra y esperó, perfectamente tranquilo, correcto, casi amable. Casi solamente, porque la helada mirada de sus ojos era tan inexpresiva que daba grima.

El inspector no se anduvo por las ramas.

—Tengo entendido que se casa usted, señor Rogers.

Éste asintió con un gesto.

—Efectivamente —dijo—. Me aterra la soledad y he tenido la fortuna de conocer a una dama con la que espero ser feliz.

—Se casa pasado mañana…

—¿Es que ha estado investigándome, inspector?

—Lo averigüé por pura casualidad, pero cuando lo supe pensé que debía visitarle cuanto antes.

—¿Por qué? Temo que no comprendo su interés por mi vida privada.

—Usted no es tonto, Rogers. Ya debe haber comprendido que a nosotros no nos engañó con los accidentes que le libraron de sus esposas, pero no de la correspondiente herencia de cada una.

Duncan Rogers se levantó de un salto.

—¡Salga de mi casa, señor! —barbotó, pálido de ira.

—Aún no he terminado.

—Para mí, sí. ¡Largo de aquí, polizonte!

—Ese lenguaje me parece mucho más acorde con su verdadera personalidad. Pero he venido a hacerle una advertencia y usted la escuchará. ¡Siéntese!

La orden sonó como un trallazo. Rechinando los dientes. Rogers obedeció.

Vernon sacó un paquete de cigarrillos y encendió uno sin prisa. Luego dijo:

—Aunque no hemos podido encontrar una sola prueba contra usted, sé positivamente que los accidentes que acabaron con sus dos esposas anteriores fueron preparados con el único y exclusivo fin de heredarlas.

—Lástima que no tengamos testigos de esta conversación,

inspector —dijo Rogers, dominándose con visible esfuerzo—. Si los tuviera no dudaría en demandarle judicialmente.

—Sé que le gustaría hacerlo, pero no nos desviemos del tema. Usted va a casarse por tercera vez. Si hay otro accidente, así me condene si no le llevo a donde debe estar. Dedicaré el resto de mi vida a ello si es necesario porque usted es un sucio asesino, «señor» Rogers. De modo que hará muy sensatamente cuidando de su nueva esposa con todo su esmero… porque sólo con que resbale y se magulle un hueso nos tendrá usted a su alrededor como un enjambre de avispas.

—¿Ha terminado?

—Creo que sí.

—¡Entonces lárguese al infierno!

El inspector se levantó cachazudamente.

—Recuérdelo, Rogers, cuide de su mujer como si fuera tan delicada y frágil como una porcelana china.

Hizo un gesto de despedida y salió del salón.

El dueño de la casa tardó unos segundos en reaccionar, y entonces corrió hacia la puerta, donde alcanzó a Vernon cuando ya la había abierto.

—¡Espere un minuto, polizonte!

Vernon se encasquetó el sombrero. Sus ojos azules se clavaron en la cara tensa de Rogers como dos dardos.

—¿Qué se le ha ocurrido ahora? —Gruñó.

—Está usted acosándome sin ningún derecho. Las leyes me protegen y la ley, precisamente, estableció sin ninguna duda que los dos accidentes fueron simplemente eso, accidentes. Si ahora intenta usted indisponerme con mi prometida, le juro que llevaré a Scotland Yard ante los tribunales. No olvide usted eso tampoco.

Vernon se limitó a mirarle fijamente. Luego dio media vuelta y se fue a través del jardín.

Duncan Rogers permaneció en la puerta hasta que lo perdió de vista. Estaba pálido y la ira burbujeaba dentro de él como la lava de un volcán.

Al fin cerró la puerta y regresó al salón. El perrazo le miró, debió comprender que la cosa no estaba como para buscar las caricias de su amo y, tendiéndose de nuevo, cerró los ojos y se quedó muy quieto.

Tan quieto como el propio Rogers…

Capítulo III

La posada tenía un rótulo en forma de sombrero de copa. Era de hierro y el viento y la lluvia le habían quitado ya lo que en tiempos remotos hubiera podido tener de lustroso reclamo.

Se llamaba «El Sombrero Rojo».

Situada en el cruce de carreteras, a escasas millas de Stonehaven, no gozaba de demasiada clientela excepto en la época veraniega. Y aunque todavía el tiempo era agradable y el sol asomaba por entre las nubes, ya habían pasado los días de continuo ajetreo.

De modo que si un forastero entraba en ella, sin ninguna duda llamaba la atención.

Sobre todo si era un forastero de cabello rojo, cara tostada por el sol y un gran bigote de foca tan rojo como el cuello. Añádase a todo eso su carácter comunicativo y su sed insaciable de cerveza y uno podía afirmar que no sería olvidado en mucho tiempo.

—Ya puede jurar que mi primo no será cliente de su agradable negocio, amigo —dijo mientras el posadero volvía a llenarle una jarra de rubia cerveza—. Es el tipo más tacaño que haya conocido en mi vida.

—Pues para ser tan tacaño habrá pagado un buen montón de libras por el alquiler de Kendal Manor, señor Sikes.

—No creo que dure allí mucho tiempo. La luna de miel, ¿comprende? —soltó una risotada y añadió—: Cuando pasen los ardores del cuarto creciente estará rabiando para volver a Londres. Se lo digo yo, Percy Sikes, que le conozco bien. O por lo menos creí que le conocía bien…

—¿Y no era así?

Había dos bebedores más en el mostrador. Habían vaciado sus cervezas y escuchaban la conversación a falta de nada más

divertido.

—Me la jugó a pesar de que yo debiera haber previsto que pasaría eso… ¿Aceptan ustedes una cerveza a mi cuenta, caballeros?

Los dos bebedores se apresuraron a aceptar, naturalmente.

Cuando el posadero les hubo servido, Percy Sikes dijo:

—A su salud —bebió un gran trago—. Ese granuja me la jugó, ni más ni menos.

—A todos nos toman el pelo alguna vez —opinó el posadero.

—Pero no de este modo. ¡Maldita sea! Fui yo quien le presentó a la que entonces era mi novia. ¿Comprenden? ¡Era yo quien iba a casarse con esa mujer! Bueno, el maldito supo engatusarla de tal modo que… En fin, no quiero hablar de eso. Me siento tan humillado que podría pegarme de cabeza contra la pared.

Nadie rió. La exuberancia de Percy Sikes les agradaba. Claro que también les agradaba su generosidad a la hora de invitarles a cerveza.

—Llene otra vez los vasos, amigo. Y sírvase usted una cerveza también. Estuve viendo esa condenada casa, aunque maldito si sé por qué… Supongo que quería ver por mis propios ojos el lugar donde van a vivir, donde esa mujerzuela va a… Olvidémoslo. Cuente usted algo ahora, amigo, estoy llevando yo solo todo el peso de la charla.

El posadero murmuró algo insulso. Uno de los bebedores se secó los labios y comentó:

—Es posible que no duren mucho en Kendal Manor… pero no por lo que usted dijo.

—¿Por qué entonces?

—Dicen que pasan cosas raras allí.

—¿Qué cosas? Me intriga.

—Hay un antiguo cementerio cerca de la casa. Hay quien asegura que algunas noches surgen aparecidos. Lo cierto es que nadie, de toda esta comarca, quiere trabajar en la casa ni en sus tierras. Su primo va a encontrarse muy solo allí.

Percy Sikes soltó una bronca risotada.

—¿Aparecidos? —cacareó—. ¿En estos tiempos? Pero, hombre, ¿cómo pueden ser tan crédulos?

—Nadie sabe los misterios que oculta la naturaleza. Le aseguro

que el último inquilino de Kendal Manor huyó de allí enloquecido y jamás volvió. De eso hace ya muchos años.

—No me diga que ustedes creen estas tonterías. Y conste que me gustaría mucho que unos cuantos aparecidos le dieran su merecido a primo Duncan. Y a ella también, ¡qué diablos!

—No se puede bromear con estas cosas, señor Sikes —insistió el bebedor—. Ese cementerio es un lugar maldito, lo crea usted o no.

—¿Por qué dice usted que es un lugar maldito? Que yo sepa, los cementerios son los sitios más tranquilos del mundo.

—En ése no hay ni una cruz, ni una imagen. Sólo viejas lápidas de piedra, pero tampoco hay esculpidas cruces en ellas. Al parecer, están enterrados allí herejes y renegados de los que asolaron estas tierras en la antigüedad.

El pelirrojo Percy Sikes se echó a reír de aquella manera desagradable.

—¡No me diga! ¿Y se aparecen de vez en cuando? Eso sería estupendo… sobre todo si fueran a ocuparse de esa perra traidora. Yo mismo si tuviera valor suficiente.

Su voz se extinguió. En aquellos instantes la voz de Sikes burbujeaba de odio.

Los otros callaron, impresionados. Sólo el posadero dijo:

—Olvide esas ideas, señor Sikes. Ninguna mujer merece que un hombre se pierda por ella.

—Puede que no, pero le juro que no duermo por las noches. Y cuando consigo conciliar el sueño es peor, porque entonces me asaltan las pesadillas y sueño cosas terribles…

—No sirve de nada hacerse mala sangre, amigo mío —sentenció uno de los bebedores—. Consuélese pensando que si su primo y esa mujer van a vivir en Kendal Manor con seguridad que no disfrutarán de paz. El diablo que dicen reina en el cementerio les pedirá cuentas de su intromisión.

—Eso es una tontería… En fin, prefiero no hablar de todo esto. ¿Qué le debo, posadero?

—En total una libra y dos peniques.

Percy Sikes pensó que aún debían regir los precios del verano, pero pagó sin formular la menor objeción, se despidió cordialmente de aquellos hombres y se fue.

Tenía el coche cerca de la puerta, un viejo «Hillman» alquilado

en Aberdeen. Emprendió la marcha satisfecho de sí mismo y en la ciudad devolvió el auto, no sin hacer constar que quedaba muy disgustado por los excesivos traqueteos de semejante antigualla. El empleado intentó defender las excelencias del coche y se originó una breve discusión que ganó Sikes, a quien con la indignación parecía erizársele basta el rojo bigote.

Una hora más tarde estaba a bordo de un avión, rumbo a Londres.

CAPÍTULO IV

Aunque era muy tarde, la taberna de la esquina aún estaba abierta y Percy Sikes entró en ella. A pesar del clima benigno de que gozaba la ciudad, por las noches ya refrescaba lo suficiente para que el señor Sikes pidiera un té bien cargado.

La mujer que atendía el servicio le sirvió encantada de que alguien viniera a romper la monotonía de esas últimas horas.

—¿Estuvo usted en el cine, señor Sikes?

—Pues no. Estuve en Escocia.

—¿Cómo dijo?

—Escocia.

—¡Caramba! Nunca lo hubiera imaginado. Para mí Escocia está tan lejos como, pongamos por caso, Berlín, o París…

—Con los aviones no hay nada lejos, señora. Estuve viendo la casa donde va a residir un pariente lejano, mío… Hermosa tierra la de Escocia, se lo digo yo.

El pelirrojo saboreó su té con parsimonia, pagó y despidiéndose salió a la calle. El barrio no era uno de los más recomendables precisamente, pero para un hombre alto y corpulento como Sikes eso carecía de importancia. Tenía el aspecto de poderse cuidar muy bien de sí mismo.

Caminó por la estrecha calleja hasta un edificio de tres pisos. Abrió la puerta de la calle con una llave y subió los desiguales escalones en completa oscuridad.

El suyo era el apartamento que quedaba bajo el tejado, lo que equivale a decir que en invierno aquello sería una heladora. Claro que para entonces…

Percy Sikes cerró la puerta por dentro dándole vuelta a la llave. Luego encendió la luz y miró en torno.

Era un apartamento, alquilado, amueblado. Los muebles eran

baratos y habían soportado la indiferencia, cuando no los malos tratos, de los sucesivos inquilinos.

Atravesó la estancia entrando en el dormitorio. Allí se despojó de las ropas. Bajo su vestuario más bien ordinario llevaba una suerte de corsé hinchable que le había proporcionado la incipiente redondez de la figura. Se lo quitó también, cubriéndose después con una bata.

El cuarto de baño no era un lugar muy aséptico, pero entró en él y sentándose en un taburete, frente al espejo, se miró unos instantes con gesto irónico. Luego, con exquisito cuidado, se arrancó la peluca pelirroja, que era en sí una pequeña obra de arte, y apareció un cabello negro y lustroso.

La misma operación le libró del poblado mostacho. Acto seguido se quitó dos ingeniosas piezas de caucho blando que había llevado adheridas en el interior de la boca y como por arte de magia adelgazó lo suficiente como para volver a adquirir su auténtica personalidad; la de Duncan Rogers.

Librarse de los ligeros afeites que le proporcionaban una tez morena y algo arrugada fue un juego de niños. Tras esto se lavó a conciencia y después de peinarse regresó al dormitorio.

En el armario colgaban varios trajes de poco precio comprados en bazares de suburbio, y uno impecable que fue el elegido.

Una vez se hubo vestido, Duncan Rogers fue de nuevo el elegante caballero que vivía en una casa propia en una zona residencial de gente acomodada como era Wrigley Terrace.

Abandonó la casa después de cerciorarse de que no había nadie cerca que pudiera verle. Anduvo a buen paso alejándose de aquella sombría vecindad y poco después caminaba por la acera de Maine Road, en uno de cuyos estacionamientos tenía su elegante «Bentley».

Lo sacó a la calle y aceleró. Apenas había traficó a esa hora, de modo que pudo llegar a su domicilio en poco tiempo y sin contratiempos.

A la mañana siguiente, Duncan Rogers contraía matrimonio con la millonaria señora Evelyn Torton.

CAPÍTULO V

Anthony Vernon alquiló un coche en Aberdeen y emprendió el viaje siguiendo las indicaciones de un mapa que llevaba. Le había costado no poco tiempo y paciencia averiguar donde pensaba residir Rogers una vez concluido su viaje de luna de miel. Hubo de halagar a una doncella de la flamante desposada, la señora Torton, ahora ya señora Rogers desde hacía tres días. La doncella le había proporcionado preciosos informes casi sin darse cuenta.

De modo que el inspector Vernon, aprovechando sus días de vacaciones se había dirigido a Escocia dispuesto a atar todos los cabos posibles de un asunto que lo más seguro era que escapara de sus manos.

Kendal Manor le pareció más sombrío aún de lo que era. Quizá debido al día nublado y húmedo, la gran casona silenciosa y cerrada se le antojó un mausoleo.

El inspector dio una vuelta completa a la casa. Torció el gesto, porque aquel lugar solitario y aislado resultaría ideal para un asesino que quisiera desprenderse de una esposa confiada y desprevenida.

Después se alejó en dirección al mar. Tardó diez minutos caminando a buen paso hasta el acantilado, y allí el corazón le dio un vuelco.

Había un impresionante abismo hasta el agua. Una pared de roca cortada casi vertical, a cuyo pie se estrellaban las olas con ímpetu de blanca espuma, saltando por encima de los salientes pétreos que asomaban sus crestas fuera del agua.

Sería tan fácil despeñar una persona desde esa tremenda altura…

Regresó hacia la casona y hacia donde había dejado el coche. Cada vez lo gustaban menos las perspectivas criminales que ofrecía

aquel lugar.

Parado ante la casa, vio el roquedal que había a la derecha de la construcción. Eran unas rocas de extraña formación y fue a dar un vistazo.

Cuando las coronó se quedó sorprendido y quieto, paseando la mirada por las lápidas funerarias que salpicaban la tierra.

Desde luego, debía tratarse de un cementerio de la Edad Media. En otros tiempos había sido cercado por una pared de rústicos ladrillos de tierra sin cocer, que ahora estaba caída y arruinada, a grandes trechos.

Vernon caminó por entre las lápidas, tratando de leer los caracteres extraños de sus inscripciones. Se sorprendió de que no hubiera ninguna cruz en todo el recinto mortuorio.

De pronto se detuvo, intrigado por la extraña sensación que culebreaba por su espalda. Miró en torno. No cabía duda de que estaba solo allí. No obstante, tenía la desagradable sensación de que unos ojos ocultos le espiaban; unos ojos malignos que de algún modo podían constituir una amenaza…

Sacudió la cabeza reprochándose esos estúpidos pensamientos. No había nadie en todo lo que alcanzaba la vista.

Volvió atrás sorteando de nuevo las lápidas rústicas y mal cortadas sobre las que el tiempo y la humedad habían dejado su verdosa impronta de musgo. Cuando hubo rebasado el promontorio rocoso respiró intrigado por aquella absurda sensación que tanto le había inquietado.

Pero seguía intrigándole aquel pequeño cementerio sin una sola cruz. Se prometió a sí mismo averiguar algo más respecto al lugar y, dando la vuelta al coche, se dirigió a la carretera que, en dirección sur, llevaba a Stonehaven.

CAPÍTULO VI

—¿Eres feliz?

—Tanto como puedas serlo tú, amor mío —dijo Duncan con voz suave—. Todo lo que deseo es que dentro de unos años podamos responder lo mismo cuando nos hagamos esa misma pregunta.

Estaban sentados en una de las pintorescas terrazas de un bar, en París. El principio de otoño se insinuaba tan sólo en la coloración de los árboles y en el airecillo que arremolinaba las faldas de las mujeres.

La que ya era señora Rogers lo miraba todo con renacida vitalidad. Ya no era ninguna jovencita, pero hasta ese matrimonio que había roto la absurda rutina de su vida, nunca había habido ningún acontecimiento capaz de dejar huella en su espíritu. Ya no era joven, y si uno se detenía a mirarla con detenimiento tampoco resultaba excesivamente atractiva. Por eso la pasión que Duncan Rogers supo encender en su tranquilo corazón había dado al traste con todas sus rutinas, sus tristezas de solterona y sus más o menos agudas manías de rica solitaria y retraída.

De modo que para ella ese viaje a París era realmente todo un acontecimiento y estaba gozándolo plenamente.

De pronto dijo:

—Háblame de esa casa tuya donde quieres que vayamos a vivir, querido.

—¿Kendal Manor? Te gustará.

—Pero ¿es tan solitario como dijiste?

—Está en un lugar aislado y hermoso. ¿No es eso lo que queremos tanto tú como yo? Por mi parte detesto los fisgones. Sin embargo, con el coche está sólo a unos minutos de Stonehaven.

—Habrá que buscar servicio. Aunque yo llevaré a Ginny conmigo. Es una chica muy dispuesta y cumplidora.

—Me parece muy bien. Ella te ayudará a no sentirte desplazada.

—Te quiero tanto, Duncan…

Él sonrió sin mirarla. Todo estaba saliendo según sus deseos.

—Allí seremos absolutamente felices —dijo volviendo al hilo de sus pensamientos—. Tú y yo solos… No tendremos la preocupación de separamos cada día para ir al trabajo. Tanto tú como yo disponemos de saneadas rentas. ¿Sabes lo que estuve pensando hace unos días?

—¿Cómo puedo saberlo?

—Verás, siempre tuve la idea de escribir. No me faltan ideas, ¿comprendes? Pero nunca me decidí debido al ajetreo de la vida de Londres. Pues bien, en Kendal Manor creo que empezaré.

Ella casi palmoteó con entusiasmo. A Rogers se le antojó aún más ridícula con aquella actitud.

—¡Espléndido, querido! —exclamó—. Sería maravilloso que obtuvieses un gran éxito literario…

—Si tú me ayudas triunfaré, ya lo verás.

Ella deslizó las manos hasta apresar las de él. Su contacto produjo un ramalazo de ira en Duncan Rogers, pero supo dominarse. Aquello formaba parte del juego. Un juego cuya apuesta eran varios millones de libras…

De manera que apretó los dedos y se forzó a mirar fijamente a su flamante esposa. Era un buen actor y sus ojos supieron adquirir cierta ternura. Más falsa que Lucifer, pero ternura al fin y al cabo, que en definitiva era lo que ella esperaba ver.

—Algún día, cariño —murmuró—, quiero que me cuentes cómo empezaste a interesarte por mí, cómo te enamoraste… Eso es algo que nos encanta a las mujeres…

A él se le revolvió el estómago.

No obstante sonrió y dijo:

—Dame tiempo, querida. Tiempo para acostumbrarnos más el uno al otro. Tiempo para amarte más aún si eso es posible.

Levantó las manos de la mujer a la altura de su cara y las besó.

No fue tan falso el beso de Judas.

CAPÍTULO VII

Ginny era una muchacha llena de vitalidad, de curvas generosas y rostro agraciado en el que destacaban sus ojos descarados y voraces.

No obstante, desde que se habían instalado en Kendal Manor parecía haber perdido parte de su exuberante vitalidad. No era debido al exceso de trabajo, con ser éste considerable debido a que hasta el momento no hablan podido persuadir a ninguna mujer de Stonehaven para que fuera a trabajar al caserón.

Ni ella misma sabía a qué era debida aquella desgana, aquella suerte de lasitud que la dominaba.

—No me gusta esta casa, señora —dijo una mañana, nueve días después de haberse instalado—. Demasiado grande. Los pasos resuenan de tal modo que una tiene la impresión de que alguien está siguiéndola constantemente…

La señora Rogers respondió.

—Ya te acostumbrarás, querida. Ayer decidimos mi esposo y yo dejar todo el piso alto cerrado hasta tanto no tengamos más sirvientes, de modo que no habrás de preocuparte más que de la planta baja.

—Menos mal.

—¿Tienes alguna queja más? —preguntó su ama cariñosamente.

—Desde luego que no, señora. Y no estaba quejándome… Sólo que este lugar me deprime.

—A mí también se me antojó solitario cuando llegamos. Pero ahora no lo cambiaría por ningún palacio en Londres.

Ginny estuvo tentada de replicar, pero decidió no hacerlo. De cualquier modo no conseguirla cambiar las cosas en absoluto.

Para acabar de tranquilizarla, la señora propuso:

—Esta noche haremos la cena entre las dos, así no andarás tan atareada. Te ayudaré en la cocina.

—Como usted quiera. ¿A qué hora regresará el señor?

—Tarde con toda seguridad. Pero procuraremos tenerlo todo dispuesto para cuando llegue.

La doncella asintió y se fue a la cocina.

Había un gran ventanal que ocupaba buena parte de la pared en la enorme cocina. A través de él se distinguían los árboles y una gran extensión del prado que rodeaba la casa.

Al mirar distraídamente hacia ese paisaje, Ginny dio un respingo y contuvo el aliento. Había alguien allí… alguien inmóvil, cerca de la arboleda, mirando fijamente la casa.

Se fijó en que era un hombre corpulento, de cabellos rojos y espeso bigote del mismo color. Vestía un maltratado traje marrón y no parecía tener prisa por marcharse. Simplemente, estaba allí vigilante, quieto…

Ginny empezó a preocuparse. Estaban las dos solas en la gran casa, y si un vagabundo cualquiera se presentara allí con malas intenciones…

Corrió hacia la biblioteca donde había dejado a la señora Rogers.

—¡Hay alguien vigilando la casa! —estalló tan sólo entrar.

La mujer levantó la mirada del libro que había empezado a leer.

—¿Vigilando la casa? —Dijo, incrédula—. ¿Dónde está?

—Atrás, junto a la arboleda.

La millonaria se levantó. Era una mujer resuelta y equilibrada en algunas cuestiones.

—Vamos a verlo —dijo.

Fueron a la cocina. Por el ventanal vio al corpulento pelirrojo y frunció el ceño.

—¿Le habías visto alguna vez antes? —murmuró.

—Desde luego que no, señora.

—Voy a echarlo de aquí —exclamó—. No permitiré que cualquier desconocido…

—¡Mire, ya se marcha!

En efecto, el pelirrojo había girado sobre sus pies y se internaba entre los árboles. En menos de un minuto hubo desaparecido.

—Le hablaré a Duncan sobre eso —dijo la señora Rogers un tanto preocupada—. Podría tratarse de un ladrón que estudiara el terreno para dar un golpe. ¿No te parece?

Ginny se estremeció.

—Sería horrible, señora.

—Duncan sabrá qué hacer si vuelve otra vez ese individuo. Además, cuando vayamos de compras a Stonehaven preguntaremos quién es… Todo el mundo debe conocer a un sujeto con un cabello tan llamativo.

Durante el resto de la tarde y las primeras horas de la noche, Ginny dirigió frecuentes miradas hacia los árboles, pero ya no volvió a ver al pelirrojo fisgón, cosa que la tranquilizó en gran manera.

Luego, ya noche cerrada, llegó Duncan Rogers y los brillantes faros del coche barrieron las sombras del exterior y la muchacha se sintió más segura.

Por su parte, Evelyn, que salió al exterior para recibir a su marido, casi había olvidado ya el suceso. En realidad, cuando se abrazaba al fuerte cuello de su esposo y le besaba olvidaba muchas cosas.

—¿Has podido resolverlo todo en Aberdeen, querido? —musitó cuando él la apartó suavemente.

—Bueno, hay un buen agente de bolsa y estuve hablando con él. Quiero que se ocupe de todos mis valores ahora que estamos instalados aquí. También estuve en el despacho del notario Van Loy.

Entraron en la casa. Ella se apresuró a servir unos martinis y de pronto recordó.

—¡Casi me olvido! —exclamó—. Esta tarde Ginny y yo vimos un desconocido rondando la casa.

Él enarcó las cejas.

—¿Estás segura que rondaba la casa?

—Bien, estaba parado junto a los árboles, mirando hacia aquí sin moverse. No sé el tiempo que llevaba allí cuando Ginny le descubrió.

—¿Y cómo era?

—Pelirrojo.

—¿Qué?

—Tenía el cabello rojo, lo mismo que un gran bigote. Y vestía con muy mal gusto.

Él se había quedado rígido. Era un excelente actor cuando le

convenía.

—Llama a Ginny, por favor, querida.

—¿Por qué? Duncan…, tú conoces a ese hombre, ¿no es cierto? Lo noto en tu actitud…

—Tal vez, no estoy seguro. Dile a Ginny que venga, ¿quieres?

Intrigada, la mujer pulsó el timbre. Ginny apareció en unos segundos y Duncan le ordenó con voz grave:

—Descríbeme a ese hombre que viste en la arboleda.

—¡Pero si acabo de decirte cómo era, querido! —exclamó Evelyn.

—A pesar de eso, quiero oírlo de Ginny, también. ¿Lo recuerdas con detalle, muchacha?

—Por lo menos, recuerdo su cabello rojo, y su gran bigote. Llevaba un traje marrón arrugado…

—¿Era muy moreno?

—Sí, señor. Incluso a esa distancia vi que era moreno.

Él cabeceó, como asintiendo a algo que estuviera sólo en su mente.

Evelyn le apremió.

—¿Quién era, Duncan? Tú le conoces sin duda…

—Creo que un pariente lejano mío… Un sujeto despreciable y envidioso, aunque no comprendo qué está haciendo aquí.

—¿El primo de quien me hablaste alguna vez?

—Ciertamente, querida. Me inquieta su presencia. Si vuelve a acercarse a esta casa avisaré a la policía de Stonehaven.

La mujer esperó a que Ginny se hubiera retirado.

—Querido… ¿Piensas que puede ser peligroso para nosotros ese hombre?

—Es ruin y miserable. Uno nunca sabe qué hará un sujeto de esta clase.

—¿Y no sería mejor hablar con él si aparece otra vez?

—No sacaríamos nada en limpio. Miente tanto como habla. Siempre ha envidiado mi posición. ¿Comprendes? Para él, el solo hecho de ser pariente mío, aunque muy lejano, le da derecho a entrar a saco en mi fortuna. Como puedes suponer no se lo he permitido nunca.

—Naturalmente.

—Si vuelve a espiar esta casa le denunciaré sin la menor

vacilación.

La cosa quedó así, que era realmente como quería Duncan Rogers que quedase.

Cenaron a la luz de unas velas. Aquello era romántico según el punto de vista de la mujer. Idiota y ridículo según la personal opinión de Rogers, pero era necesario mantener la ficción.

Esperaba. Era un buen psicólogo.

De pronto, su esposa exclamó:

—Ahora que recuerdo… Cuando llegaste dijiste algo de un notario de Aberdeen… Con todo ese desagradable asunto de tu pariente lo había olvidado.

—El notario Van Loy. Estuve hablando con él.

—¿Quién es, para qué fuiste a verle?

Él adoptó una actitud un tanto reservada.

—Me dijeron que era el mejor notario de toda esta parte del país.

—Bueno, pero no me has dicho qué tenías que tratar con él, cariño.

Duncan marcó una pausa, como si reflexionara profundamente. En realidad sabía muy bien qué debía decir.

Y lo dijo al fin, como a regañadientes.

—Quiero redactar un testamento, querida. Es algo que minga hasta ahora me había preocupado, pero pienso que debo hacerlo.

Ella enarcó las cejas.

—¡Duncan, querido! —cacareó la mujer, emocionada—. ¡Lo haces por mí!

—Naturalmente. Uno no sabe lo que puede sucederle. Un accidente de coche…, cualquier cosa. Hay que preverlo todo a fin de que el día de mañana tú no sufras preocupaciones ni dificultades.

—Eres tan atento, tan considerado conmigo…

—El señor Van Loy estuvo de acuerdo con mis ideas y quedamos que redactarla un borrador.

—La próxima vez que vayas yo te acompañaré —decidió Evelyn de pronto.

—¿Para qué? No es necesario.

—Quiero hacer testamento también. Corresponder de algún modo a tu previsión hacia mí.

Él esbozó un gesto de desagrado.

—No creo que deba permitírtelo, cariño —dijo, dubitativo—. Ahora lamento haberte hablado de eso.

—No te perdonaría nunca que no lo hubieses hecho. Está decidido. Además, es justo que si tú haces ese testamento a mi favor, yo corresponda de igual modo.

Él sacudió la cabeza.

—Lamentaría mucho que pensaras…

—¿Cómo puedes hablar así? Además, nos queremos y eso es lo único importante, de modo que el hecho de dejar ese trámite resuelto para el día de mañana lo considero una prueba más de tu cariño, y del mío hacia ti. No se hable más, Duncan; la próxima vez que vayas a Aberdeen te acompañaré.

—Si ése es tu deseo, está bien.

Tomaron café en una pequeña salita más íntima que el desproporcionado comedor. Fuera soplaba con fuerza un viento húmedo que venía del mar y que arrancaba extraños quejidos de los postigos de las ventanas y las ramas de los árboles.

Evelyn se sentía total y absolutamente feliz. Se disponía a decírselo a su esposo cuando vio aquello en la ventana, más allá de los cristales.

—¡Duncan! —susurró.

—¿Sí, querida?

—¡Allí!

Él se volvió en redondo. Vio algo como un jirón de niebla blanca que se alejaba envuelto en tinieblas.

Se levantó y fue hacia la ventana apresuradamente. Ya no pudo ver nada, pero le quedó una sensación de viva inquietud ante el misterio.

Tras él, Evelyn balbuceó:

—¿Qué crees que era eso, Duncan?

—Tranquilízate. Debía tratarse de un jirón de niebla.

Está levantándose del mar y el viento la trae hacia aquí.

—Pero eso se alejaba…

—Algún remolino de aire, supongo. No empezarás a creer en fantasmas, digo yo…

—Por supuesto que no. Pero pensaba en ese hombre que vimos esta tarde…

—¿Mi primo? Olvídalo. Ese jirón de niebla flotaba

materialmente en el aire. Mi pelirrojo pariente es demasiado gordo y pesado para que pudiera flotar de ese modo.

—No bromees, cariño. Me asusté de veras.

Él le rodeó los hombros con un brazo.

—No debes temer nada mientras yo esté a tu lado, ya deberlas saberlo, Evelyn.

Ella asintió, dejándose conducir de nuevo al diván.

Allá fuera, donde la niebla era cada vez más espesa, algo blanco y etéreo coronaba el roquedal desapareciendo hacia el desolado cementerio medieval…

CAPÍTULO VIII

El inspector Vernon dejó resbalar la mirada por los más que evidentes encantos de la joven rubia y sonrió. Separados sólo por la pequeña mesa, en un ruidoso *pub* de Mayfair, Anthony Vernon parecía menos que nunca un severo policía del Yard.

La muchacha rubia sonrió.

—No trates de seducirme, Tony —dijo con ironía—. No estaría bien en un inspector de la mejor policía del mundo.

—¿Y si hablases en serio alguna vez, linda?

—Estoy hablando en serio, aunque no lo parezca.

—Yo no trataba de seducirte.

—Entonces, ¿por qué tienes tanto interés en que te acompañe a ver ese nuevo apartamento donde vives?

Él desvió la mirada, apurado.

—Bien, pensé que quizá pudieras darme alguna idea respecto a la decoración, quiero hacer algunas reformas, sabes…

—Claro.

—¡Maldita sea! No te burles. Has sido tú quien ha sugerido que entrásemos aquí a beber algo.

—Porque quería hablar contigo. Pero tú tienes unas ideas muy concretas sobre lo que deben hablar un hombre y una mujer.

—Si un hombre y una mujer sólo hablan, están perdiendo lamentablemente el tiempo —sentenció Vernon, ceñudo.

La hermosa, rubia se echó a reír.

—Hagamos un trato —dijo de pronto.

—¿Qué clase de trato?

—Tú me facilitas ciertos datos que necesito y yo te aconsejo sobre la decoración de ese apartamento tuyo.

Vernon casi dio un salto en la silla.

—¿No puedes olvidar, ni un minuto, que escribes para los

periódicos? —se quejó.

—¿Sí o no. Tony?

—¿Qué clase de datos son ésos?

—Respecto a un individuo llamado Duncan Rogers.

Él se quedó boquiabierto.

—¿Rogers? —masculló—. ¿Qué diablos…?

—Yo cubrí la información del accidente que le libró de su última mujer. Hubo algo muy raro en todo aquello aunque no se le acusara de nada…

—¿Y…?

—Se casó, por tercera vez, con una solterona millonaria.

Él la observó con cautela. Maureen Macguire era una mujer de rostro bellísimo en el que chispeaban los ojos más profundos que Vernon recordaba haber visto nunca. Además de la belleza de su rostro, tenía un cuerpo cimbreante. Y para acabar de estropear las cosas, su escote era lo bastante atractivo como para sentirse interesado por él.

Con todo eso, las ideas del inspector amenazaban sufrir una viva confusión. No obstante decidió obrar con cautela y esperó.

—Se casó por tercera vez —repitió la muchacha—. Hace ya tres meses poco más o menos.

—Bueno, ¿adónde quieres ir a parar?

—Tony, no me tomes por tonta, por favor. Scotland Yard se interesó mucho por ese individuo. Y yo también, dicho sea de paso. Estoy seguro que ese Rogers se convertirá en el mejor reportaje de mi vida en cualquier momento.

—Ya sé que se casó —convino él—. ¿Piensas que va a quedar viudo otra vez?

—Llegué de Escocia ayer, Tony. Estuve investigando por mi cuenta. Viven en un caserón sombrío y aislado, con la sola compañía de una doncella. Es el lugar ideal para que ocurra un accidente. Y estoy segura que ocurrirá.

—¿Por qué estás tan segura?

Ella se echó atrás en la silla. Sus ojos tenían un brillo profundo y cálido que produjo un largo escalofrío en el Inspector.

Cuando al fin habló, la joven dijo:

—Supe que Duncan Rogers y su esposa habían testado uno a favor de otro.

Vernon se enderezó, súbitamente tenso ahora.

—¿Estás segura?

—Absolutamente. Invitó a tomar el té a la secretaria del notario que lo redactó.

—Ya veo…

—Y de eso hace ya más de dos meses, de modo que si yo no estoy equivocada respecto a ese Barba Azul, ya sólo es cuestión de oportunidad el que esa dama sufra un fatal accidente. Que, en definitiva, es lo mismo que teme la policía. ¿No es así, inspector?

—No voy a negarte que ese hombre resulta sospechoso. Pero no se encontró la menor evidencia contra él en los dos accidentes que le proporcionaron saneadas cuentas corrientes.

—No necesitas andarte con rodeos conmigo. Fue más listo que la policía. Y ahora se prepara para el golpe definitivo. La fortuna de su nueva mujer rebosa los dos millones de libras. Nuestro asesor financiero se encargó de verificarlo —dijo la hermosa periodista—. ¿Imaginas si lo planeará bien esta vez?

—Sabes más tú que yo, de modo que no sé qué detalles necesitabas.

—Sólo la parte técnica de los dos casos anteriores. Quiero saber las investigaciones que se llevaron a cabo y lo que se encontró en ambas.

—Es mejor decir «lo que no se encontró» —dijo Vernon de mal talante—. Nada.

—¿Y no se han realizado nuevas pesquisas después que se casó de nuevo?

—Te confieso que fui personalmente a dar un vistazo a esa casa donde se fueron a vivir. Además hice algunas preguntas en Stonehaven. Existe una siniestra leyenda respecto a la casa y el cementerio que hay en sus inmediaciones y ésa es la causa de que nadie quiera ir a servir en la casona. Pero te diré que en concreto no saqué nada en absoluto.

—¿Y respecto al pariente de Rogers?

Vernon la miró asombrado.

—¿Qué pariente? Rogers no tiene familia que yo sepa.

—Hay un pariente lejano suyo. Un tipo corpulento, de cabello y bigote rojos. Por lo que averigüé en una posada y en otros lugares no parece que abrigue muy buenos sentimientos hacia Duncan

Rogers.

—Eso es nuevo para mí.

—Al final resultará que soy yo la que estaré proporcionando información a Scotland Yard…

—¿Qué más lograste saber?

—Eso es todo. Excepto lo concerniente al endiablado cementerio medieval… ¿Te imaginas que la gente crea en esas patrañas en pleno siglo XX?

—Yo vi el lugar. No me gustó en absoluto. Es desolado, extraño y uno tiene la sensación de que mil ojos le espían por todos lados… Quiero decir que es un sitio capaz de influir en la credulidad de las gentes que sean impresionables.

—Con toda seguridad, no influirá en Duncan Rogers. Cuando tenga oportunidad de enviudar una vez más lo hará. Sólo que esta vez habrá de andarse con tiento porque hay una doncella inteligente y fiel a su ama.

—¿La conoces también?

Maureen sonrió al encender un cigarrillo.

—Por ella supe que el pelirrojo pariente de Rogers había rondado la casa en dos o tres ocasiones, como si espiara. Después de la última vez que apareció por los alrededores, Duncan Rogers y su mujer se fueron a Stonehaven a denunciarlo. Presentaron una acusación formal contra ese individuo, un tal Percy Sikes, pero ya nadie volvió a verlo.

—Te has movido mucho en un asunto que hasta el momento no tiene absolutamente nada de noticiable…

—Tengo buen olfato periodístico. Tony Ojalá la policía pudiera decir otro tanto del suyo —acabó, riendo.

—Sigue burlándote si eso te hace feliz.

—No me burlo, sólo que me parece lamentable que no se pueda impedir un crimen cuando sabemos positivamente que se cometerá tarde o temprano.

—La única manera sería advirtiendo a la mujer, pero si ella lo tomaba por la tremenda y hablaba del asunto con Rogers, éste acudiría a los tribunales y tendría todas las de ganar.

—Hay otra posibilidad. Remota, desde luego…

—¿Cuál?

—La sirvienta. Se llama Ginny. Es inteligente y trabé cierta

amistad con ella.

—Maureen, empiezo a temer que te hayas pasado de rosca. ¿Qué diablos le dijiste a esa mujer?

—Es una muchacha joven. Desde luego no le dije nada de los anteriores accidentes sufridos por las mujeres de Rogers. Eso hubiera sido demasiado y quizá no hubiese podido evitar que él advirtiera algún cambio de actitud de la doncella. Pero inventé una trama en torno a la casa y al final quedamos que si ella advertía algo sospechoso en torno a su ama me llamaría inmediatamente.

Él sacudió la cabeza.

—Absurdo. Rogers no hará nada sospechoso, nunca. Es demasiado listo.

—Ya lo sé, pero por lo menos tengo una aliada en la propia casa. Y te aseguro que me llamará si ocurre cualquier cosa porque estaba muy preocupada.

—¿Por qué?

—En primer lugar, por el espionaje del pariente pelirrojo. Y después, por algunas cosas extrañas que han sucedido de noche.

—No comprendo…

—Hay algo en la niebla que la asusta.

—Fantasmas —bufó Vernon.

—Sí.

—¿Cómo? Por favor, Maureen.

—Ella ha visto, en tres ocasiones, extrañas cosas blancas desaparecer entre la niebla, y siempre en dirección a ese cementerio abandonado.

—¡Cosas blancas! —Se mofó el policía—. ¿No arrastraban cadenas o algo así?

—La última vez que lo vio, lo que fuera llevaba una antorcha encendida, pero que no producía luz.

Él se llevó las manos a la cabeza.

—No es posible que hables en serio —exclamó.

—Te repito lo que me dijo la chica. Lo vio desde su cuarto y empezaba a considerar muy seriamente la idea de marcharse y regresar a Londres.

—Y tú, ¿qué opinas, qué crees que fue lo que vio?

—No tengo la menor idea. Pero no cabe duda que debió tratarse de un fenómeno natural… Algún jirón de niebla que reflejara la luz

de una ventana quizá.

—¿Y sólo ella ve esas cosas?

—Ahí está lo sorprendente. Ginny me dijo que en dos ocasiones anteriores tanto Rogers como su mujer lo vieron también desde una salita donde suelen tomar café.

—Asombroso. ¿Qué más cosas ocurren en aquella casa, linda?

—Ahora te toca hablar a ti. Yo terminé mi repertorio.

—No tengo nada que decir. Fui a ver el lugar cuando ellos estaban en viaje de luna de miel. Excepto la deprimente sensación del cementerio no encontré nada digno de tenerse en cuenta, como no fuera el acantilado que se abre sobre el mar. Es un lugar ideal para despeñar a alguien y presentarlo como un accidente. ¿Lo viste tú también?

—Sí. Pero ni Rogers ni su esposa van nunca por esa parte. Es más, él advirtió a las dos mujeres que no se arriesgasen jamás por el acantilado. Las previno del peligro, lo que no deja de ser chocante, ¿no te parece?

—Nunca sabe uno a qué atenerse con sujetos como ése. Son más retorcidos que un sacacorchos. Y puesto que ya hemos examinado el caso y sus posibilidades, ¿qué te parece si lo olvidamos y nos ocupamos de la decoración de mi apartamento?

Maureen esbozó un mohín.

—Eres un hombre de ideas fijas, querido. Menos mal que gracias a ti obtengo no pocas exclusivas de la crónica criminal de esta podrida ciudad. Veamos esa guarida tuya de una vez…

—Te gustará, estoy seguro.

Vernon fue al mostrador y pagó las bebidas. Luego, cuando siguió a la escultural muchacha hacia la calle las ideas que danzaban en su mente no eran precisamente las más apropiadas para un probo policía de Scotland Yard…

CAPÍTULO IX

El apartamento era reducido, de techo inclinado sostenido por falsas vigas de madera. Los muebles eran sencillos, acordes con la decoración un tanto rústica del ático situado en la cumbre de un edificio de apartamentos y desde cuya terraza se dominaba una espléndida panorámica de tejados, chimeneas, antenas de televisión y humo.

Maureen miró en torno. En conjunto resultaba un lugar agradable y cómodo. Los pies se hundían en gruesas alfombras y había algunos almohadones esparcidos con artístico descuido.

—¡Vaya nido! —comentó—. Tendrás un éxito impresionante.

—¿Éxito?

—Con las chicas, quiero decir.

—Tú eres una chica.

—Claro. Y estoy impresionada, aunque me pregunto si es por el apartamento o por ti. Es todo un dilema, ¿no te parece?

—Continúa burlándote de mí y cometeré un crimen.

Vernon arrojó el sombrero a una percha. Falló el tiro y el sombrero fue a aterrizar a un rincón.

—Deja que te oriente —dijo—. Tras esa puerta acolchada hay una vínica habitación. Pero la cama es enorme, no vayas a creer… Bien, esa otra puerta comunica con la cocina, que ahora no nos interesa. Y allí, al fondo de aquel pequeño pasillo, está el baño. Y ahí, a la derecha, un pequeño estudio y biblioteca. Si te gusta la música poseo un sencillo tocadiscos automático, pero cuando me asciendan, si eso ocurre algún día, pienso instalar un sistema de alta fidelidad.

—¿Eso as todo?

—Creo que sí. Ya te hice la promoción del lugar. Y déjame decirte que eres la primera mujer que pisa estas alfombras.

—¿Qué pasó con las demás, las entraste en brazos?

—Eres imposible…, quizá por eso te quiero tanto.

—Me gustaría que lo demostrases, inspector.

—Sí, claro.

La abrazó y buscó su boca sin más rodeos. Para empezar fue una buena demostración, por cuanto la muchacha se sintió elevada en el aire, prendida de aquel beso que era como una llama. Le pareció que flotaba y que los dos perdían contacto con el mundo sólido que antes tenían bajo los pies.

Realmente sí perdió contacto con el suelo. Se sintió volar, y los labios le ardían.

CAPÍTULO X

La tarde no podía ser más sombría. Antes de levantarse la niebla espesos nubarrones oscuros habían cubierto la tierra hasta donde alcanzaba la vista. Después, procedente del mar, la niebla empezó a tejer los jirones siniestros de su sudario gris y húmedo.

Sentada en la biblioteca, Junto a la chimenea encendida, Evelyn trataba de leer sin conseguir que su atención se fijara en el libro.

Sin saber exactamente por qué notaba una ligera inquietud como la que solía experimentar de unos días a esta parte, sobre todo cuando se quedaba sola.

Instintivamente miró hacia la ventana. El día se había oscurecido repentinamente a causa de las nubes primero y de la niebla después. Más allá de los cristales no se distinguía apenas nada. Pensó en su marido, que habría de conducir por la difícil carretera con tan escasa visibilidad y se estremeció.

Ginny llamó a la puerta con los nudillos y entró. Estaba pálida y nerviosa.

—¿Sirvo ya el té, señora?

Evelyn Rogers levantó la mirada.

—Sí, Ginny, gracias.

—Quisiera que el señor estuviera aquí, señora —dijo la sirvienta, antes de retirarse—. No me gusta esta soledad cuando hay tanta niebla.

—No tardará en llegar, tranquilízate.

—Si me lo permite…

—Sí, ¿Ginny?

—¿Piensa la señora pasar el invierno aquí?

—Ya casi estamos en pleno invierno, querida. ¿Por qué lo preguntas?

—Bien…, me gustaría más pasarlo en Londres, señora.

—¿Te sientes demasiado sola acaso?

—No es eso. Se trata de este lugar, este silencio…

—No creo que a Duncan le agrade volver a Londres, ahora. Aquí es feliz y ha comenzado a trabajar en un libro. Pero te prometo insistir en el pueblo para traer alguna sirvienta más.

Ginny se retiró pensando que no era otra sirvienta lo que ella quería, sino alejarse de Kendal Manor por lo menos hasta que llegara de nuevo el buen tiempo.

Preparó el té y lo llevó a la biblioteca. Sus pasos resonaban en la gran casona, y a pesar de que ya se había acostumbrado a ello, no dejaba de sentir repeluznos de vez en cuando.

—Lo que tú necesitas es divertirte un poco —le dijo Evelyn mientras la muchacha disponía el servicio—. Los días que haya baile en Stonehaven puedes tomarte la tarde libre. O si quieres ir al cine sólo tienes que decírmelo. Podrás llevarte el coche pequeño para ir y volver…

—Muchas gracias, señora. Tal vez lo haga.

Terminó de servir el té y se enderezó. Distraídamente miró hacia la ventana y sintió que la sangre se helaba en sus venas. Boqueó un par de veces sin que ningún sonido brotara de sus labios.

Luego, con voz que era apenas un quejido, musitó:

—¡Mi… mire…!

—¿Qué dices?

Evelyn vio el rostro desencajado de la muchacha, su brazo rígido que señalaba la ventana y se volvió en la butaca.

No pudo contener un chillido de espanto.

Había una forma imprecisa al otro lado de los cristales, algo blancuzco y repelente que parecía mirarlas con una cara sin ojos.

Al fin Ginny recobró la voz y emitió un alarido vibrante que estremeció hasta las paredes. Aquella cosa se movió entonces, y distinguieron los contornos de una cabeza horrenda, de la que colgaban lacias guedejas de largos cabellos grises y sucios, como mechones sueltos entre los que se distinguía el cráneo pelado.

La mitad de la cara estaba casi en puro hueso, y la otra mitad como mordida por una legión de ratas.

Las dos mujeres habían quedado paralizadas de espanto, y después del alarido de Ginny sólo se escuchaba su alterada respiración.

Lo que fuera que estaba allí, mirándolas con unas cuencas vacías y negras retrocedió apartándose de la ventana. En un instante hubo desaparecido engullido por la niebla.

Sólo entonces las dos mujeres volvieron a la vida. Evelyn se precipitó a la ventana y cerró los postigos, asegurando el pasador.

—¡Corre! —chilló—. ¡Hay que cerrar todas las ventanas y las puertas, Ginny!

—Pero…, pero… ¿qué…, qué era?

—No lo sé… ¡Dios mío, no lo sé!

Las dos se precipitaron hacia las demás habitaciones, cerrando las ventanas frenéticamente.

—¡La de la cocina, Ginny, date prisa! —gritó la dueña de la casa.

La muchacha corrió a trompicones. Sentía un terror helado culebrear por todos sus miembros y estaba jurándose que regresaría a Londres sin más dilaciones cuando llegó a la gran cocina. Cerró los postigos de la ventana corriendo el pasador. Iba a hacer lo mismo con la puerta cuando lo vio.

Abrió la boca para lanzar un grito pero él la atrapó. Una mano dura y brutal la amordazó, golpeándola en la sien con la derecha.

El golpe fue violento, pero antes de recibirlo Ginny se había desmayado.

El pelirrojo Percy Sikes la depositó suavemente en el suelo. Bajo aquella caracterización, Duncan Rogers se disponía a interpretar el último acto de su comedia particular, el acto que le haría dueño de dos millones de libras y le libraría de una esposa ridícula, aburrida e insoportable.

Miró a la desvanecida muchacha preguntándose por qué diablos estaba dándose tanta prisa en cerrar la ventana. Nunca entendería a las mujeres.

Abandonó la cocina. Cuando llegara el momento de las investigaciones policíacas, el testimonio de Ginny sería de un valor inapreciable… porque ella testificaría que el crimen había sido cometido por el siniestro pelirrojo que ya antes rondara la casa.

Evelyn regresaba a la biblioteca después de asegurarse que no quedaba ninguna ventana abierta. Aún notaba los alterados latidos de su corazón, los embates del horror experimentados al ver aquella cosa nauseabunda mirándola sin ojos, pero con una maldad infinita como no podía expresar ninguna criatura de este mundo.

Justo cuando entraba en la biblioteca, la mano se distendió desde un lado de la puerta atrapándola brutalmente por el cuello.

Lanzó un alarido y se debatió, pero el hombre era mucho más fuerte que ella. Notó que algo suave pasaba alrededor de su garganta, y al tratar de ladear la cabeza vio el rostro de rojo bigote, y los ojos implacables…

Lo que fuera que tenía en torno al cuello ya no era suave, sino duro, y se hincaba cada vez más.

Se ahogaba. Desorbitó los ojos y luchó desesperadamente para introducir aire en los pulmones. Entonces él gruñó, jadeante:

—¿Creías que iba a soportarte el resto de mi vida, maldita estúpida? Ha sido un infierno fingirte un amor que era asco… verme obligado a besarte, a tenerte junto a mí para toda la vida…, hubiera querido matarte mil veces cada noche…

El largo pañuelo de seda apretó más todavía. Ella sabía ya quien era el hombre que la mataba y el horror la paralizó. Un velo turbio se extendió ante su desorbitada mirada y pensó que un martillo le golpeaba las sienes…, sus pulmones ardían con el fuego del infierno…, un dolor atroz porque se aplastaban sin aire…, una angustia infinita…

Luego, de pronto, todo acabó.

El asesino todavía mantuvo el pañuelo apretado más de dos minutas, asegurando su obra. Era un pañuelo azul de seda, sucio y viejo cuya pista no sería fácil de seguir por los policías…

Cuando finalmente depositó a la mujer en el suelo, abandonando el pañuelo, su cuerpo estaba cubierto de sudor helado. Se irguió, dio un último vistazo a su terrible obra y tras esto regresó a la cocina.

Ginny continuaba tendida en el suelo, inmóvil y respirando espasmódicamente. Se desentendió de ella y huyó protegido por la niebla. Tenía el tiempo medido al segundo. Hubo de correr como un gamo hacia donde había dejado el coche robado, un «Austin» casi nuevo.

Cuando arrancó, Duncan Rogers, bajo el disfraz de Percy Sikes, era ya dueño de dos millones de libras…

CAPÍTULO XI

Los policías escoceses siguieron el rastro del pelirrojo hasta donde les fue posible. No llegaron muy lejos. Entonces pidieron ayuda a Scotland Yard.

El inspector Vernon estaba libre de servicio aquella noche.

Era una noche fría y desapacible, pero que en su apartamento resultaba cálida y agradable. Maureen dormía, la cabeza apoyada sobre el torso del inspector, quien pensaba en mil cosas placenteras, poro que no tenían relación ni remotamente con el trabajo.

Los cabellos largos y rubios de la muchacha le cosquilleaban la piel.

Cuando el teléfono empezó a escandalizar fue lo mismo que si un rayo destruyera una obra perfecta. Maureen se estremeció, parpadeando.

Él hubiera querido fulminar el aparato con una mirada.

—¿No vas a hacer que se calle esa cosa, querido? —balbuceó la muchacha resistiéndose a despertar.

—Sí, claro…

Se levantó del sofá y apartó cuidadosamente a Maureen, rezongando entre dientes. Descolgó el auricular y gruñó:

—¡Hable!

—¿Es usted. Vernon?

Reconoció la voz y contuvo las ganas de mandarlo al infierno.

—Ciertamente, señor —refunfuñó—. ¿Qué sucede?

—Necesito que venga inmediatamente a mi oficina, inspector.

—¿Ahora?

—¡Inmediatamente!

—Está bien, señor…

—Ya sé que «estaba» libre de servicio esta noche, inspector. Pero también sé que usted no permitiría que este caso cayera en manos

de otro que no fuera usted.

—¿Qué caso, superintendente?

Hubo una breve pausa. Después…

—Su amigo Duncan Rogers ha quedado viudo una vez más, Vernon.

El auricular casi escapó de sus dedos.

—¡Voy para allá, señor! —barbotó.

Maureen se había sentado por fin, en el sofá. Estaba despierta y le miraba acusadoramente.

—¿Tienes que salir? —Runruneó.

—Ya puedes jurarlo.

—Eso no es muy galante por tu parte.

—Lo siento. Puedes quedarte aquí y seguir durmiendo.

—¡Caray! No me gusta que me dejen abandonada de este modo.

—Soy policía. ¿Lo has olvidado?

Él estaba anudándose la corbata ante el espejo.

Sin excesivo interés ella preguntó:

—¿De qué se trata esta vez, hay posibilidad de un reportaje para mí?

Vernon esbozó una sonrisa a su propia imagen. Sin volverse comentó:

—Pura rutina, cariño. Un tal Duncan Rogers acaba de quedar viudo.

Maureen dio tal brinco que quedó de pie a un par de yardas del sofá.

—¡Tú, maldito! —chillo—. ¡Y no lo dices hasta ahora!

Vernon se volvió enfundándose la americana.

—Mejor será que me aguardes aquí, querida. Volveré tan pronto pueda.

—¡Con un demonio! Yo me voy contigo al Yard.

—No sacarás nada mientras el caso esté en manos del superintendente.

—¿No? Me pregunto de qué me sirve tener relaciones con un inspector de primera clase si no he de obtener ni una mala información a cambio… Iré contigo, de todos modos.

—De acuerdo, pero no esperes obtener ningún privilegio.

—Eso aún está por ver. Voy a continuar tan pegada a ti como siempre, de modo que empieza a acostumbrarte a la idea.

Aunque eso no dejaba de ser una exageración, lo cierto fue que Anthony Vernon hubo de admitir que la muchacha poseía una tenacidad a toda prueba. Únicamente se libró de ella durante el tiempo que permaneció encerrado en el despacho del superintendente Mac Neil.

Cuando lo abandonó una hora más tarde, Maureen Macguire estaba esperándole fuera como un implacable centinela.

—¿Y bien, vais a cazarlo esta vez? —le espetó, acompasando sus pasos a las largas zancadas del inspector.

Él no respondió hasta que estuvieron sentados en el coche.

Entonces dijo:

—El maldito tiene la fortuna de cara. No la mató él, aunque se trata de un asesinato.

—No lo creeré en mil años. ¿Qué es eso de que no la mató Rogers?

Vernon sacudió la cabeza.

—Hay un testigo que no deja lugar a dudas. El hombre que asaltó la casa fue un corpulento pelirrojo llamado Percy Sikes.

—¡El que las vigilaba y de quien te hablé…!

—Exacto. Primero atacó a la doncella. La golpeó brutalmente y ella perdió el conocimiento. Después mató a la mujer de Rogers.

—No me digas que no ves el juego.

Él apartó el coche de la acera.

—¿Qué juego?

—Estaban de acuerdo. Ese Sikes es cómplice de Rogers, ni más ni menos.

—Pudiera ser, pero lo dudo. El propio Rogers le denunció. Es más; pidió que durante algún tiempo el sargento de Stonehaven destinara a alguno de sus agentes para vigilar la casa de vez en cuando. Todo eso y mucho más constan en el informe que se ha recibido. Además, nos piden que verifiquemos la identidad del pelirrojo.

—¿Sabes dónde vive?

—Nos dan una dirección del Soho. Deben haberla obtenido del propio Rogers, supongo.

—¿Vamos allí ahora?

—Sí, claro.

—Cuando terminemos con ese lugar me iré a Escocia, querido.

—Tal vez nos reunamos allí, aunque no es seguro. Hay mucho trabajo aquí en Londres para seguir el rastro del pelirrojo.

—Ese informe de que hablas, ¿dice algo de la coartada de Rogers?

—Seguro. ¿Crees que la policía de Escocia es tonta? Duncan Rogers estaba en Aberdeen mientras se cometía el crimen. Lo han verificado con facilidad porque sufrió una avería en su coche y estaban reparándolo para que pudiera volver a su casa aquella noche. Él visitó un par de bares y dio un paseo hasta el taller mecánico.

—De todos modos, si estaba de acuerdo con el tal Sikes…

—Eso faltará probarlo.

—Cuando detengas al pelirrojo…

—Eso no va a ser fácil.

—Todo consistirá en hacerle hablar, Tony.

Tal como Vernon pensaba, localizar al pelirrojo iba a ser una tarea endiabladamente difícil. Sobre todo, porque el pelirrojo Percy Sikes no había existido jamás.

* * *

El sargento se llamaba Benteen y era un hombre pesado y macizo. Si uno juzgaba por su aspecto podía pensar que sus pensamientos eran también lentos y un poco torpes. Sólo que no era así ni mucho menos. Benteen tenía una mente ágil y metódica.

—No dejamos ni un cabo suelto, inspector —aseguró de mal talante.

Vernon encendió otro cigarrillo. Habían pasado tres días con sus noches desde aquélla en que el crimen fuera cometido y para desesperación del policía de Scotland Yard no habían adelantado un solo paso.

—No dudo de que hayan seguido todas las pistas posibles, sargento —murmuró al fin—, pero algo debe habernos pasado por alto. Me resisto a creer que ese condenado Percy Sikes actuara por su propia cuenta. Ya conoce usted el historial de Duncan Rogers y su modo de operar en los casos anteriores… Sería demasiada casualidad que esta vez un tipo resentido le hubiera librado de su mujer sin su intervención.

—La única manera de probarlo sería deteniendo al asesino y

obligándole a confesar.

—Sí, ya sé, pero el pelirrojo ha desaparecido. Seguimos su rastro en Londres. No se llevó nada del apartamento que tenía alquilado. Sus trajes estaban allí junto con el resto de sus pertenencias. Nadie le ha visto en los lugares que solía frecuentar y no se le conocían amistades…, era una especie de lobo solitario.

Hacía frío en el despacho del sargento. Fuera lloviznaba y había niebla. Era un día condenadamente malo que aumentaba el desaliento del inspector Vernon.

De pronto gruñó:

—Voy a interrogar personalmente a Rogers, sargento.

Benteen se encogió de hombros.

—Ojalá obtenga usted mejores resultados que yo, pero lo dudo. La declaración de la doncella es terminante, y la coartada de Duncan Rogers tan sólida como una roca.

Vernon se levantó. Pensó fugazmente en Maureen. No sabía dónde estaba y le hubiera gustado tener la seguridad de que la muchacha no cometerla ninguna imprudencia.

El sargento dijo de pronto:

—Hay otra cosa muy extraña. No tiene sentido y no creo que tenga tampoco relación con el crimen, pero usted debe saberlo si va a Kendal Manor, inspector.

—¿De veras?

—Se trata de la aparición.

Vernon se quedó rígido.

—¿Aparición? —exclamó—. ¿Qué es eso de una aparición?

—La sirvienta jura que minutos antes del crimen, ella y la señora Rogers vieron un ser monstruoso al otro lado de los cristales. Una cosa blanca, dice, con la cara semejante a una calavera y cuencas vacías…

No nos faltaban más que fantasmas en este caso.

—Estoy por creer que vieron algo realmente. Cuando habla de eso, la pobre muchacha se pone histérica. Quizá el pelirrojo tuviera un cómplice que espiaba los alrededores, no sé… Aunque ella insiste en una cara horrenda, con la mitad de la carne descompuesta o algo así y largos mechones de cabellos blancuzcos…

—Deben haberle hablado de ese cementerio y sus leyendas. Ya antes al parecer habían visto cosas blancas flotando en la niebla.

—¿Cómo lo sube usted, inspector? Hasta ahora nunca tuvo ocasión de hablar con esa joven…

—Pilla habló de eso con alguien de Londres, hace ya varios días. ¿Sabe usted cuánto tiempo van a permanecer aún en Kendal Manor ella y Rogers?

—Tengo entendido que preparan el equipaje para regresar a Londres… Por mi parte no puedo retenerles más tiempo aquí.

—No, claro. Le veré a usted cuando haya interrogado a Rogers, sargento.

Vernon fue en busca de su auto. La llovizna helada le produjo escalofríos, y a medida que conducía el coche por la mala carretera que subía hacia Kendal Manor la niebla se cerraba más y más.

En torno a la gran casa todo era silencio. Las luces antiniebla del coche de Vernon descubrieron el «Austin» apostado a un lado de la plazoleta con un agente de uniforme ante el volante. El agente salió cuando él detuvo la marcha frente a la puerta principal.

Vernon fue a su encuentro.

—Inspector Vernon —se presentó—, de Scotland Yard.

—A sus órdenes, inspector.

—¿Está el señor Rogers en la casa?

—Ciertamente, señor.

—Gracias, agente.

Vernon llamó a la puerta. Instantes después, Ginny le franqueaba el paso. El inspector se impresionó ante aquel bonito, pero demacrado rostro, con unos ojos hundidos y rodeados de profundos círculos oscuros.

—Soy inspector de policía —dijo al entrar—. Usted debe de ser Ginny. Discúlpeme, pero olvidé preguntar su nombre completo al sargento.

—No importa, todo el mundo me llama Ginny. Mi apellido es Hinton.

—Bien, señorita Hinton. ¿Dónde está el señor Rogers?

—En su dormitorio. Fue a cerrar las maletas. Iré a avisarle que está usted aquí.

—Espere, antes deseo hablar con usted sobre lo que fuera que vio a través de la ventana.

La cara de la muchacha se crispó ante el recuerdo.

Fue una cosa horrible, inspector, como una pesadilla…

—Según el sargento era una cara cadavérica.

Ella sacudid la cabeza.

—No, no —murmuró—. Parecía que iba a asomarle el hueso por un lado de la cara, porque estaba descarnada. Pero el otro lado tenía carne…, carne descompuesta… y no había ojos en sus cuencas vacías, pero no obstante nos miraba a la pobre señora y a mi…

—También me han dicho que habían visto otras apariciones con anterioridad. ¿Es cierto, Ginny?

—¡Oh, sí! Pero nunca tan horrible ni tan cerca. Las primeras eran sólo sombras blancas entre la niebla.

—Supongo que no se tratará de una simple alucinación…

—Le aseguro que lo vimos. Por eso corrí a la cocina, para cerrar la ventana y la puerta. La señora gritó que había que cerrarlo todo… Pude cerrar la ventana, pero entonces aquel hombre horrible me golpeó y… y…

—El pelirrojo Sikes, ¿no?

—Sí, señor.

—Una última pregunta y podrá ir en busca del señor Rogers. ¿Recuerda si la señora estaba nerviosa, o inquieta los últimos días antes de su muerte?

—No, señor, en absoluto. Era feliz.

—¿Está segura?

—No había más que verla y oírla para saberlo. Yo llevaba cinco años con ella y la conocía bien. Nunca antes de casarse había tenido tanta vitalidad, ni tantas ganas de hablar y reír… Era completamente feliz, inspector, puede creerlo.

—Está bien, puede llamar al señor Rogers, por favor.

Ella se fue dejándole solo en la biblioteca. Mientras esperaba, Vernon se acercó a la ventana. No pudo ver apenas nada más allá de unos pasos de distancia a causa de la niebla cada vez más espesa.

A través de esa ventana las dos mujeres creían haber visto aquella aparición. El inspector hubiera dado gustoso el sueldo de un mes por saber con certeza qué era lo que vieron. O quién era.

Tras él sonaron unos pasos seguros y fuertes. Se volvió para enfrentarse con Duncan Rogers.

—Estaba seguro que aparecería usted —gruñó el flamante viudo —. Le agradeceré mucho que sea breve, inspector.

—¿Por qué, tan afectado está por lo sucedido?

—No me gusta su manera de decirlo.

—A mí tampoco me gusta que su esposa esté muerta. Su tercera esposa, señor Rogers.

—Estoy tentado de echarle de aquí a puntapiés.

—Eso sería un mal negocio por su parte. Quiero hacerle un par de preguntas respecto al asesino de su esposa.

—Menos mal que no me acusa a mí de ese crimen también — replicó Rogers con vivo sarcasmo.

—Parece ser que no pudo cometerlo, evidentemente. ¿Sabe usted, señor Rogers? Seguí la pista de su pelirrojo pariente por todo Londres. Registré su apartamento, hablé con los otros inquilinos de la casa donde vivía, con la dueña de una taberna que él frecuentaba… Ese pariente suyo era un tipo muy original.

—¿Era dice usted?

—Bien, es sólo una manera de hablar. ¿Cuándo lo vio usted por última vez?

—Hace mucho tiempo…, cuatro o cinco meses antes de la boda. El vino a verme a mí como solía hacer de vez en cuando para que le prestara algún dinero. Él lo llamaba préstamo, pero lo cierto es que jamás me devolvió ni un penique. Esta última vez me negué porque estaba convirtiéndose en una sangría.

—¿Se enfadó él?

—Siempre estaba enfadado por una cosa u otra. Esa vez no fue una excepción.

—¿Lo vio usted después, cuando empezó a rondar esta casa?

—No. Por lo menos, no con certeza. La tarde que fuimos a Stonehaven a presentar una denuncia contra él, llegué a tiempo de ver a alguien perderse más allá de los árboles. Fueron mi esposa y Ginny quienes me dijeron que se trataba otra vez del mismo hombre.

—Entiendo. ¿No se le ocurre a dónde puede haberse dirigido después de cometer el crimen?

—No puedo imaginarlo, aunque tal vez se haya decidido por Londres. Es más fácil ocultarse en una gran ciudad que en un medio rural como éste.

—Es posible… ¿Abandona usted esta casa, señor Rogers?

—Por supuesto. Sólo esperé hasta que el sargento terminó sus pesquisas. No puedo permanecer aquí después de lo sucedido.

—Claro… ¿Cuándo se marchan usted y la muchacha?

—Mañana temprano, tan pronto desaparezca la niebla.

—¿Qué piensa de ese fantasma que Ginny asegura haber visto?

—No hay tal fantasma. Debe ser algún fenómeno producido por la niebla. Yo también vi una sombra blanca en una ocasión.

—Pero ella lo describe con detalle.

—Cosas de mujeres. ¿Eso es todo lo que deseaba preguntarme, inspector?

—Queda otra pregunta todavía. ¿Hizo testamento su esposa?

La cara de Duncan Rogers se contrajo con una mueca de ira.

—Los dos lo hicimos —dijo rechinando los dientes—. ¿Me convierte eso en asesino a los ojos de la policía?

—A los míos lo es usted en los dos casos anteriores, ya se lo dije. En cuanto a éste no podré saberlo hasta que haya detenido a su pariente pelirrojo.

—Algún día acabaré la paciencia, inspector, y haré que responda de sus absurdas acusaciones ante un juez.

—Ojalá sea pronto —dijo Vernon con ironía—. Le dije que si volvía a quedar viudo dedicaría el resto de mi vida a quitarle esa cínica máscara con que se protege. Bueno, ya ha quedado viudo por tercera vez.

—¡Maldito sea usted! ¿Es que no quiere comprender que no tuve nada que ver con el salvaje crimen de Percy Sikes? Búsquelo a él y déjeme en paz de una maldita vez.

—Están buscándole decenas de policías a estas horas. Le cazarán. Puede que tardemos un poco, pero su pariente caerá en manos de la justicia así se oculte en el infierno.

—No lo detendrán nunca si continúan acosándome a mí. Han puesto un polizonte ahí fuera, acechándome, vigilándome…

—Ahí se equivoca, Rogers.

—¿Equivocarme? Estoy harto de verle metido en el coche. Y si se me ocurre salir con mi auto él me sigue como un perro.

—Ese agente está ahí para protegerle, lo crea usted u no. Obedece órdenes del sargento, el cual piensa que si su pariente está por esta comarca aún puede intentar algo contra usted antes de que regrese a Londres.

—Ya veo…

—De modo que debería estarle agradecido. Con la niebla y la

humedad ese hombre está soportando muchas incomodidades por su causa, Rogers.

—Le invitaré a entrar —gruñó el dueño de la casa—. Lamento haber perdido los estribos.

—Hágalo y por lo menos compensará en parte las molestias que sufre. Volveremos a vemos, señor Rogers —añadió el inspector, ceñudo—. Me resisto a creer que hasta el destino se haya aliado con usted para facilitarle las cosas.

—Habrá de ser en Londres, porque mañana por la mañana abandonaremos este lugar. Y cuando haya consultado con un abogado tal vez decida acabar de una vez con su intolerable acoso, inspector.

—Ni todos los abogados de Inglaterra podrían evitar que yo siguiera este caso hasta el final. Buenas tardes, señor Rogers.

Los dos hombres fueron hacia la puerta. Vernon torció el gesto al ver la muralla de niebla que invadía la tierra. Desde la puerta era imposible ver siquiera el coche donde un sufrido agente uniformado vigilaba.

Él puso en marcha el suyo y se alejó. A pesar de los faros antiniebla apenas veía a unas yardas de distancia…

CAPÍTULO XII

Duncan Rogers se sirvió un *whisky* y lo bebió de un trago. Estaba nervioso y la ira le empujaba a desafiar al maldito policía. En realidad, hubiera querido matarlo.

Sólo que Rogers no era tonto y sabía que sólo con una extraordinaria dosis de prudencia podría gozar de la enorme fortuna que ya estaba en sus manos.

Volvió a llenarse el vaso, calmándose poco a poco. La creación del supuesto pelirrojo había sido una idea genial. Estaba satisfecho de cómo habían salido las cosas, porque jamás nadie podría sospechar que él era el pelirrojo Percy Sikes.

Saboreó el licor con agrado esta vez. Pensó en el policía apastado en el exterior. Bien, que siguiera pudriéndose ahí fuera. Esa vigilancia no les iba a llevar a ninguna parte.

Unos golpes en la puerta le distrajeron de sus sombríos pensamientos.

—Entra, Ginny —dijo.

La muchacha entró. Estaba muy pálida.

—¿No ha oído un grito, señor? —preguntó con voz débil.

—¿Un grito?

—Me pareció escucharlo desde mi cuarto…

—No he oído nada de eso. Estás muy nerviosa y lo comprendo. Mañana, cuando nos hayamos marchado de este lugar, te tranquilizarás.

—Pero yo juraría que oí una voz gritando…, una voz de hombre, señor.

Él esbozó un gesto de impaciencia.

—No oíste nada, Ginny, convéncete de eso. Fue cosa de tus nervios.

Ella titubeó, como si quisiera insistir, pero al fin asintió y

murmurando una disculpa se retiró.

Rogers apuró el resto del *whisky*. Al mirar nacía la ventana vio el muro de niebla y se estremeció. Aquel tipo, allá fuera, debía estar convertido en un témpano. Tal vez le conviniera invitarle a entrar. Eso haría que los policías locales estuvieran de su lado con más convicción.

Decidiéndose, fue hacia la puerta y salió fuera. La niebla le envolvió como un húmedo sudario.

No vio el coche del policía hasta que estuvo a dos pasos de él.

El coche estaba vacío, con la portezuela abierta.

Rogers se detuvo, perplejo. Miró en torno, pero no veía nada más allá de la niebla. ¿Sería cierto que Ginny había oído un grito? El policía debía haber ido tras algo que le llamara la atención.

Al mismo tiempo una vaga inquietud comenzó a hacer presa en él. Dio unos pasos por los alrededores del coche sin ver nada.

Luego, su pie golpeó algo insólito. Agachándose recogió una gorra del suelo.

La gorra de uniforme del policía.

Ahora sintió un ramalazo de pánico. Retrocedió hacia el coche y dio un grito llamando al agente. No obtuvo respuesta alguna.

Dentro del vehículo la niebla se arremolinaba también. Se sumergió en ella, registrando la guantera. Buscaba un arma. Sólo encontró una potente linterna eléctrica.

Se apoderó de ella abandonando la gorra. Intentó que el foco de luz taladrara aquel muro gris y húmedo, pero la brillantez del foco rebotaba contra la bruma, casi cegándole. No obstante, volvió al lugar donde había hallado la gorra tirada en el suelo.

A partir de allí, manteniendo la luz apuntada al suelo, avanzó paso a paso pensando que quizá el agente había sufrido un accidente. Un desvanecimiento, cualquier cosa que explicara su desaparición.

Así llegó al promontorio rocoso más allá del cual había restos del cementerio medieval, Lo coronó pisando con cuidado porque a pesar de la luz apenas veía donde apoyaba los pies.

Al otro lado, la luz incidió sobre una lápida derribada. La niebla allí no era tan densa, quizá porque el promontorio rocoso y los árboles formaban una vía por la que discurría el aire del mar. Girones movibles se deslizaban a impulsos de ese aire.

Le hubiera gustado saber cómo se llamaba el policía para llamarlo a gritos. Aquel hombre debía haber visto algo insólito sin duda para abandonar la vigilancia. Tal vez un vagabundo merodeando por los alrededores…

Y entonces lo vio.

Había una gran lápida cubierta de musgo, un montón de tierra revuelta, y el cuerpo a un lado.

El cuerpo del policía a juzgar por su desgarrado uniforme.

Rogers sintió que se le erizaba hasta el último cabello. Un pánico cerval le mantuvo clavado donde estaba, mirando fijamente el horrendo despojo del hombre destrozado. Era como…, como si una manada de alimañas lo hubieran destrozado a dentelladas. Tenía la garganta desgarrada y la mitad de la cara arrancada a jirones.

Duncan Rogers emitió una suerte de quejido agónico y retrocedió sin poder librarse de aquella imagen del infierno. Era como si una fuerza sobrenatural le obligase a mirar…, mirar hasta empaparse de aquel delirante horror sangriento que yacía justamente en la tierra de los muertos.

Al fin pudo reaccionar y echó a correr hacia la casa a trompicones. Cayó y volvió a levantarse, y entonces se dio cuenta que en medio de la niebla y a impulsos del espanto, se había desviado y estaba cerca de los árboles.

Fue a volverse, castañeteándole los dientes. El coro de luz saltó de uno a otro tronco buscando orientarse. Fue allí donde vio la figura erguida.

Rogers vio primero las piernas del hombre. Luego éste avanzó y allí estaba.

Percy Sikes.

Rogers creyó que se había vuelto loco, porque estaba viendo a alguien que él mejor que nadie sabía que no existía, que jamás había existido; que en sus apariciones había sido él mismo bajo un disfraz…

¡Y, sin embargo, ahora estaba allí mirándole! Con su cabello rojo como una llama, su grueso bigote del mismo color, su fuerte contorno…

Gordon emitió un quejido. No podía ser cierto… Percy Sikes no existía…, no había existido nunca…

Entonces, la extraña aparición empezó a reír. Se reía a

carcajadas, pero ningún sonido brotaba de su boca. Era como una imagen de cine mudo. Todo su voluminoso cuerpo se estremecía con las carcajadas, sin embargo, ni un suspiro brotaba de aquella boca sombreada por el eran bigote rojo.

Cuando recobró el movimiento, Duncan Rogers giró sobre los pies y echó a correr como si le persiguieran todos los demonios del averno.

CAPÍTULO XIII

Entró en la casa y cerró violentamente la puerta a sus espaldas, quedándose apoyado de espaldas en ella, jadeando, casi gimoteando de puro pánico.

Se sorprendió al darse cuenta de que aún sostenía la linterna eléctrica en la mano, encendida. La apagó y se dijo que necesitaba serenarse. Aquello no podía ser cierto…, no podía ser otra cosa que una pesadilla, una ofuscación.

Si hubiese tenido noción de conciencia hubiera podido llegar a pensar que era precisamente la conciencia que volvía por sus fueros.

—¡Ginny! —gritó.

Se fue tambaleándose hacia la biblioteca. Pulsó el timbre una y otra vez sin que la muchacha diera señales de vida.

Temblando, corrió a su dormitorio. En la mesilla de noche guardaba una pistola automática, una «Beretta» pavonada y que no había utilizado nunca. La empuñó y tras quitar el seguro se apresuró hacia la cocina.

Ginny yacía en el suelo, desmadejada como una muñeca rota.

Sus ropas se hallaban en desorden. Tenía un cuerpo prieto y juvenil. Pero Rogers no lo advirtió siquiera. Pensó que estaba muerta, pero al inclinarse sobre ella comprendió que solamente sufría un desvanecimiento.

Aseguró la puerta y luego hizo lo mismo con la ventana. Tenía el pánico culebreando por todo el cuerpo y ahora el simple susurro del aire se le antojaba un alarido.

Luego se interesó por Ginny, levantándola en vilo y llevándola hacia la biblioteca. Allí la depositó sobre el diván, vertió *whisky* en un vaso y la obligó a beber.

La muchacha tosió, abrió los ojos y tras un instante de estupor lanzó un chillido y se levantó de un brinco.

—¡Le vi otra vez! —jadeó—. ¡Estaba allí, mirándome…!

—¿Quién?

—¡El asesino, señor…! El hombre del pelo rojo…

Rogers se tambaleó. Así que era cierto. Así que el hombre que no existía había cobrado vida de pronto.

—¿Estás segura? —balbuceó.

—Lo vi tan bien como le veo a usted ahora. Estaba al otro lado de la ventana, riéndose y mirándome…, la luz de la cocina le daba de lleno y no pude equivocarme… ¡Ha vuelto, señor!

—No es posible…, es una pesadilla…

—¡Le juro que estaba allí!

—Y dices que se reía.

—A carcajadas…, pero no se oía. ¡Dios bendito! Era horrible. Entonces me desmayé.

—Ha de haber alguna explicación sensata —musitó Rogers como si hablara para sí mismo.

—¡Llame al policía, señor! ¿Me oye? ¡Debemos avisarle para que le detenga…!

—El policía…

—¿Qué le ocurre? ¡Está en el coche, de guardia! Voy a llamarlo…

—¡No!

—¿Por qué no, señor?

—No está allí…, se fue. Lo acababa de comprobar cuando te encontré a ti.

El rostro desencajado de la muchacha adquirió el color de la cera.

—Estamos solos aquí —susurró.

—Así es.

—¡Y con el asesino ahí fuera… acechándonos…!

Él no podía decirle que el asesino estaba allí dentro, junto a ella.

Tampoco podía decirle que el hombre pelirrojo no había existido nunca hasta esta noche…

Era algo espantoso y que debía dilucidar él solo.

—No te preocupes, Ginny. Estoy armado y no podrá hacernos ningún daño.

Le mostró la pistola. Ella suspiró y volvió a sentarse porque las piernas le temblaban.

Rogers se metió de nuevo la pistola en el bolsillo y se sirvió una gran dosis de *whisky*, que apuró rápidamente. Sólo entonces pensó en la joven y le ofreció un vaso mediado de licor. Ella lo tomó maquinalmente, sin advertir apenas el ardor en la garganta.

—¿Qué podemos hacer? —musitó después.

Él se encogió de hombros.

—Marchamos cuanto antes —dijo—. Esta misma noche, a pesar de la niebla.

Ella levantó la mirada. Sus ojos eran dos simas de miedo.

—¿Y si está esperándonos fuera? —susurró.

Rogers ya había pensado en esta posibilidad. Y con pistola y todo no estaba muy seguro de poder salir airoso de un encuentro que no podía ser de este mundo.

Además, pensaba en el policía destrozado. Aquello no podía ser una visión de pesadilla. Lo había visto. Hubiera podido tocarlo de haber tenido valor suficiente para ello. Alguien o algo le había matado de aquella manera espantosa.

Como si de algún modo ella captara parte de sus pensamientos, Ginny balbuceó:

—Si por lo menos el policía no se hubiese marchado… o si hubiera un teléfono en esta casa…

—Vamos a marchamos ahora mismo —decidió Duncan Rogers repentinamente—. No nos llevaremos nada, sólo lo puesto. Se trata de llegar al garaje, subir al coche y huir. ¿Comprendes?

—Si…

—¿Crees que «él» estará esperándonos ahí fuera?

Ginny asintió con un gesto. De modo vago se daba cuenta que el hombre tenía tanto miedo como ella. Aun sin advertirlo con claridad, sabía que Rogers no la salvaría de un asesino demente como ella pensaba que era aquel pelirrojo que viera riéndose en silencio…

—¡Le dispararé! —Dijo Rogers rechinando los dientes con un repentino ataque de cólera—. ¡Le dispararé todas las balas de la pistola en cuanto le vea!

Ginny se levantó. No sabía a qué le temía más: si a salir al exterior o a quedarse encerrada en el caserón, que podía convertirse en una trampa.

—Iré con usted —musitó.

Se volvió para rodear el diván y dirigirse a la puerta.

Entonces lanzó un grito espantoso y luego siguió chillando como si en su mente se hubieran desatado los perros de la demencia.

Rogers se volvió en redondo.

Desde el otro lado de la ventana, «algo» le miraba sin ojos.

Eran caras corroídas por la muerte, como si el proceso de putrefacción de la carne se hubiese detenido a la mitad. Las cuencas vacías «veían» de algún modo porque estaban fijas en ellos.

Sintió que le castañeteaban los dientes, que estaba a punto de perder la razón. Sacó la pistola y sin pensar disparó.

El cristal saltó en añicos y la bala pegó a aquella cosa horrenda en mitad de la frente. Vio perfectamente el agujero negro en el hueso, y pedazos de cráneo sallar al aire cuando el proyectil salió por la nuca.

Aún resonaba el tintineo de los cristales y el eco del disparo cuando una mano que era una zarpa huesuda y rígida entró por el hueco del cristal roto, tanteando, buscando el pasador de la ventana…

El inspector Vernon leyó la nota de Maureen y sintió que las piernas le temblaban.

«Estuve esperándote. Acabo de averiguar algo importante con que acorralar a Rogers. Creo que podré hacerle admitir su complicidad con Percy Sikes. Te veré a la noche».

Vernon se volvió hacia el empleado del hotel.

—¿Sabe usted si la señorita Macguire alquiló un coche?

—Se lo pedí por teléfono, señor.

De modo que era cierto. La muy estúpida se había dirigido a Kendal Manor para acorralar a Rogers. Acorralar a un asesino de mujeres.

Hubiera deseado abofetear a la muchacha, o darse de cabeza contra las paredes.

El empleado dijo:

—Mientras esperaba el coche quiso que le explicara la leyenda del cementerio maldito, señor. El «cementerio del Diablo».

—¿Qué?

—Ya sabe…, las ruinas del cementerio de Kendal Manor.

—¿Una leyenda?

—Data de la Edad Media y…

—No me interesan las leyendas, en este momento —le cortó Vernon, nervioso—. ¿Cuánto tiempo hace que se marchó la señorita Macguire?

—Casi una hora.

—Gracias.

Salió disparado. Contando con la espesa niebla, apenas debía estar llegando a Kendal Manor en esos momentos. Se maldijo por haber perdido el tiempo en la oficina del sargento, de lo contrario la hubiera encontrado por el camino.

Apartó el coche de la acera, encendió los faros antiniebla y aceleró, saliendo de Stonehaven como un cohete. La niebla no era espesa ahí abajo como en la colina, de modo que arriesgándose a saltar fuera de la carretera siguió manteniendo hundido el acelerador en un intento desesperado de ganar tiempo al tiempo.

Luego, más allá de la bifurcación de carreteras, la niebla adquirió el espesor de un muro y hubo de rodar mucho más despacio, maldiciendo para sus adentros la falta de sentido común de las mujeres, sobre todo si eran periodistas…

* * *

Acababa de detener el coche y apagar los faros cuando oyó los gritos y un disparo.

Maureen se apeó envuelta en la espesa cortina de niebla. Sabía que la casa estaba ante ella porque recordaba la disposición del terreno, pero no veía nada.

Los gritos cesaron de pronto y le pareció oír como un violento portazo. Metió la mano en el bolso y extrajo una pequeña automática que solía llevar consigo siempre que viajaba.

Avanzó con cautela guiándose por instinto hacia donde oyera el disparo.

Vio primero el coche del policía de vigilancia. Tenía la portezuela abierta y estaba vacío. La tranquilizó en parte pensar que había un policía en alguna parte.

Dejó atrás el coche y bordeó un espeso seto mal cortado. Entonces en medio de la niebla distinguió el confuso resplandor de una luz. Una ventana sin duda.

Redobló las precauciones. La luz de la ventana era una mancha imprecisa aún en la que se movían algunas sombras.

Se disponía a gritar para que quien fuera que estaba allí supiera que alguien acudía en su ayuda. Pensaba en Ginny, porque los gritos que oyera habían sido proferidos por una mujer y Ginny era la única que aún habitaba en aquella siniestra casa.

Entonces algo la sujetó por el hombro. No había oído ningún ruido, ni pasos; nada.

Se volvió sobresaltada.

Ante ella había una visión infernal, una cara con partes de hueso al descubierto, con largos mechones de cabellos como hilachas colgando a los lados, cuencas sin ojos y una mueca horrible en su boca podrida. Aquella cosa horrenda la sujetaba con unos dedos descarnados cual garras de ave de presa.

Maureen se sintió morir. De modo puramente instintivo disparó una y otra vez mientras saltaba hacia atrás desprendiéndose de la zarpa que la sujetaba y que se quedó con parte de su chaqueta entre los huesos.

No se dio cuenta que vaciaba el cargador de la pequeña automática. Supo que las balas estaban acertándole al monstruo sin que éste acusara siquiera los impactos. Giró sobre los pies y corrió enloquecida huyendo de aquel horror.

Así llegó otra vez junto al coche. Debía huir…, porque ahora sabía que se enfrentaba a algo que no era de este mundo. La leyenda…, el cementerio medieval…

Se apoyó en la carrocería, temblando y gimoteando entre dientes.

Recordó las sombras que viera danzar ante la ventana. Los gritos de Ginny.

Sangre.

Se había vertido sangre en la tierra del diablo, eso era.

No había creído una palabra de lo que le contaron sobre aquella extraña historia de horror y superstición. Pero si después de lo que acababa de ver no creía…

Ginny. ¿Qué harían con ella?

Miró la vacía pistola y la arrojó con ira contra la cortina de niebla. Se metió en el coche y cerró las portezuelas con el seguro. Lo puso en marcha y los faros barrieron la niebla a medida que se acercaba a la casa.

Antes de llegar a ella vio aquella «cosa» que la había sujetado.

Era algo parecido a un hombre de gran estatura cubierto por los pingajos de una túnica blanca. La luz de los faros lo delineó claramente y ella sintió que se le erizaba el pelo. Hundió el acelerador y lanzó el coche contra él.

Las cuencas vacías estuvieron fijas en ella hasta que morro del «Austin» lo golpeó. Notó cómo las ruedas aplastaban algo contra el suelo y todo el coche se bamboleó.

Lo hizo girar salvajemente. El pánico que la dominaba se mezclaba con una furia loca contra aquello que había brotado del pasado, del mismo infierno.

Bajo los faros distinguió lo que quedaba del monstruo. Parecía haberse desparramado por el suelo, aplastado por las ruedas. La cabeza yacía a cierta distancia del resto, y había una mano engarfiada también separada del cuerpo, hincada en el suelo como si quisiera clavarse en la tierra con los últimos estertores del odio.

Aún le pasó otra vez por encima, chillando histéricamente cuando las ruedas hicieron crujir los huesos pulverizándolos.

Volvió a girar el volante con frenesí. Las ruedas chillaron y el coche reemprendió la marcha hacia la casa abriéndose paso entre la niebla como la quilla de un barco en el mar.

La ventana que apareció ante ella iluminada estaba abierta de par en par. Frente a la ventana dos seres semejantes al que había aplastado se disponían a penetrar al interior, y dentro de la biblioteca se movían muchos otros que ya habían entrado.

Maureen hizo sonar el claxon furiosamente. El estrépito pareció rebotar contra la niebla y los monstruos se volvieron hacia ella. Los que estaban dentro de la casa no parecieron oírlo en absoluto. Se habían apelotonado junto a la puerta cerrada.

El coche aflojó un poco la marcha. Maureen era una masa de nervios enloquecidos al pensar en Ginny y en la leyenda que oyera contar al empleado del hotel.

De modo que no frenó. Dejó que el auto se precipitara sobre aquellos dos cadáveres vivientes plantados ante la ventana. Hubo un tremendo golpe, y el seco crujido de los huesos rotos, y el «Austin» empotró el morro contra la pared pulverizando lo que fuera que había brotado del infierno.

Vio saltar trozos de huesos, y un cráneo pelado, y presa de histeria puso marcha atrás para retroceder. Del radiador brotaba

una columna de vapor. Debía haberse agrietado con el golpe…

El coche retrocedió con dificultad. El motor vibró con violencia y el vapor creció envolviéndola y mezclándose con la niebla. Luego, con un chirrido extraño, se paró.

Enloquecida, Maureen intentó arrancarlo otra vez. El motor ni siquiera giró.

Estaba atrapada. Intentó ver a través del vapor y de la niebla porque no sabía si quedaban otros seres infernales en las proximidades o si estaban todos dentro de la casa.

No pudo ver nada. Sabía que ella no podría ayudar a Ginny en absoluto contra el poder del mal. Lo había intentado…, había hecho lo que estuvo en su mano hacer y había perdido. Ya sólo podía hacer una cosa: Huir.

Abrió la portezuela y echó a correr hacia donde más o menos debía estar la carretera.

No había dado ni diez pasos cuando las zarpas huesudas surgieron a su alrededor, atrapándola. Comenzó a chillar y a debatirse. Era una muchacha fuerte y el terror le daba aún nuevo vigor en lugar de paralizarla. Pero aparecieron otros monstruos carcomidos, rodeándola, y otras garras cayeron sobre su cuerpo y supo que estaba vencida y que la misma muerte hubiera sido una liberación.

Sólo que no era la muerte lo que le esperaba…

CAPÍTULO XIV

La arrastraron en medio del más absoluto silencio. No producían sonido alguno. Sólo los quejidos de Maureen ahogados por el manto de niebla.

Comprendió adónde la llevaban…, a la tierra del diablo, a las ruinas del cementerio maldito.

La muchacha calló porque le faltaba el aliento. Trató de modo instintivo de serenarse, pero el horror que la llenaba por entero era demasiado intenso, demasiado absoluto.

Entonces, sus ropas se desgarraron sujetas por las descarnadas zarpas que la sujetaban. Con las ropas perdió jirones de piel y al deslizarse de entre aquellas garras mortales rodó por el suelo junto al roquedal.

Se levantó como si hubiera rebotado y emprendió una loca carrera sin pensar en otra cosa que en escapar. Ahora va no gritaba. Era incapaz de emitir sonido alguno y todas sus sensaciones se resumían en una: Huir a cualquier parte.

Volvió la cabeza una vez y vio las manchas blancas en la niebla que trataban de seguirla, aunque iban quedando cada vez más lejos.

Nunca supo cuánto tiempo llevaba corriendo como un gamo cuándo la luz en la niebla la cegó. Se detuvo tambaleándose y manoteando, al límite de su resistencia. Luego, las luces parecieron estallar y Maureen se desplomó sin conocimiento. En cierto modo fue como una liberación.

El inspector Vernon había hundido el freno salvajemente cuando la viera aparecer tan abruptamente ante su coche. No obstante, con el vehículo ya casi parado, aún la golpeó viéndola desaparecer ante el morro monstruosamente largo de su «Austin Healey».

Saltó del coche maldiciendo en todos los tonos. Maureen yacía de costado en el suelo, casi bajo las ruedas.

Ahogándose de angustia, Vernon la levantó en brazos comprobando que estaba viva. El coche no podía haberle hecho un gran daño porque estaba casi parado cuando la golpeó. Más bien había sido ella misma quien se había estrellado contra el vehículo.

No obstante, vio los profundos arañazos en su piel dorada y rechinó los dientes. No podía pensar más que en un culpable: Duncan Rogers…

Depositó a la muchacha en el asiento y tanteó en la guantera hasta encontrar el pequeño frasco de *whisky*.

Tan pronto Maureen engulló el licor a borbotones dio un respingo, tosiendo y ahogándose, y abrió los ojos rebosantes de horror.

—Ya pasó, linda —dijo Vernon—. Le ajustaré las cuentas a ese perro en cuanto te recobres.

—¡Tony!

—Ajá. El caballero de la tabla redonda. ¿Te sientes mejor?

—No comprendes…

—¡Ya lo creo que comprendo! No hay más que verte, nena, para saber lo que ha sucedido.

Ella sacudía la cabeza de un lado a otro.

—Los muertos. Tony… —jadeó.

—¿Muertos?

—¡Han vuelto, como afirma la leyenda…!

—¿De qué demonios estás hablando?

—Los he visto…, querían llevarme… a la tierra del diablo.

Vernon comenzó a preocuparse de veras.

—Mira, pasaste un mal trago, de acuerdo —murmuró—. Pero Rogers no volverá a ponerte la mano encima. Le arrancaré la cabeza sólo por haberlo intentado.

—¿Rogers…? —Sus ojos se desorbitaron—, ¡Dios, Ginny!

—¿La tiene con él?

Ajena al desorden de sus ropas, Maureen se enderezó y trató de saltar del coche.

—¡Tienes que ayudarla. Tony, porque si la capturan ellos la…, la…!

—Tranquila. ¿De quiénes estás hablando, es que Rogers tiene cómplices aquí? ¡Maldita sea, cálmate, no entiendo una palabra de lo que dices!

Ella se echó en sus brazos estremecida de espanto. La piel de su cuerpo estaba empapada de sudor y tan helada como un témpano.

Vernon atrapó la gabardina que tenía en el coche y envolvió con ella a la muchacha.

—Bueno, cuando te hayas serenado cuéntame lo sucedido.

—¡Pero no hay tiempo! Quieren a Ginny, como querían llevarme a mí…

—¡Cuernos! ¿Quiénes?

—Los muertos.

—Te has vuelto loca. Has perdido la chaveta porque no sabes lo que dices…

—¡Están allí, Tony!

—Veamos si te comprendo. ¿Quieres decir que has visto fantasmas, aparecidos y cosas así?

—¡Son reales! Aplastó a tres de ellos con mi cocho…, pero cuando disparé con la pistola no les hice ningún daño. Sólo al destrozarlos…

Él sacudió la cabeza, aturdido.

—Forzosamente debes haber perdido la brújula, cariño.

—Si no me crees, vamos a la casa. Tal vez podamos sacar a Ginny… Tú puedes luchar con esos monstruos…, eres fuerte y joven. ¡Tienes que destruirlos!

—¡Madre mía, lo que hay que oír! Te llevaré al pueblo para que te atienda un médico y luego volveré a por ese condenado bastardo.

—¡No!

—¿Cómo que no?

—¡Ginny! ¿No comprendes aún?

—Ni media palabra.

Ella se arrebujó en la gabardina, temblando.

—La destrozarán —musitó—. Reanudarán sus satánicas orgías ahora que han vuelto…

Él calló, preocupado. Por supuesto que no creía nada de todo aquello. Algo debía haber sucedido con la mente de la muchacha, quizá la impresión y el pánico si Rogers había intentado matarla, o quizá quiso atropellarla antes de acabar con ella…

Rechinó los dientes. Eso debía de ser. Y ahora temía que intentara hacerlo también con Ginny. No podía ser de otro modo.

—Bueno —concedió—. Iremos a buscar a la muchacha si eso ha

de tranquilizarte.

—¡Sí, sí, date prisa! Pero debes creerme… Necesitarás vencer a esos engendros del infierno, Tony…, y las balas no les hacen daño… ¿Es que aún no me crees?

—Lo creeré cuando lo vea. Pásate al otro asiento, ¿quieres?

Ella se deslizó dejándole al volante. Vernon arrancó con cautela porque la niebla era una barrera casi infranqueable.

—¿Llevas una pistola? —jadeó la muchacha.

—¿Qué crees que soy, un polizonte americano? No necesito ninguna pistola para aplastar a ese perro rabioso de Rogers.

—No quieres creerme… Escucha, Tony, aunque no me creas, lleva algo coa lo que golpear. Sólo destrozando sus cuerpos se acaba con ellos… ¡Por Dios, créeme!

—Bueno, tengo la barra del «gato» en el maletero. La sacaré cuando lleguemos. Pero sólo para tranquilizarte, porque si me viera mi jefe, me enviaría al psiquiatra por la vía más rápida.

La muchacha se recostó contra el mullido respaldo del asiento y cerró un momento los ojos.

Con voz fatigada musitó:

—La leyenda alce que cuando se vierta sangre humana en la tierra del diablo, ellos volverán…

—¿Qué?

—Sin la sangre no tienen poder… ni fuerza…

—Deja de decir tonterías y cálmate.

Entonces, de pronto, hundió el freno de golpe y el coche casi se encabritó.

Frente a él, tres siluetas blancas se erguían como cerrándole el paso.

Maureen abrió los ojos y comenzó a chillar.

El inspector Vernon empezó a creer que quien estaba perdiendo la chaveta era él…

CAPÍTULO XV

Se habían encerrado en una habitación interior. Ginny histérica de pánico y Duncan Rogers, casi enloquecido por lo que había visto.

—No puede ser real —repetía una y otra vez—. Nos están acorralando con un truco…

Empuñaba la pistola y no podía apartar la mirada de la puerta cerrada.

Ginny balbuceó:

—Nos matarán…, ahora lo sé…

—¡No quiero creer en fantasmas!

—No eran fantasmas…, aunque no sé qué eran. Pero cuando usted disparó rompió el cráneo de aquel monstruo… y era de Hueso…, ¿se da cuenta? ¡Era sólido, no un fantasma!

—Aún me quedan balas…

Se oyó un estrépito en alguna parte Rogers soltó un juramento.

—¡Han abierto la puerta de la biblioteca!

De pronto, la empuñadura de la puerta giró violentamente.

Rogers levantó la pistola y apuntó a la altura del pecho de un hombre. Disparó y la bala abrió un limpio agujero en la madera.

Ginny retrocedió hasta el rincón más alejado del cuarto, ahogándose en sollozos. Rogers disparó una vez más contra la puerta sin que al otro lado se escuchara el menor sonido.

Luego se volvió hacia la muchacha. El pánico empezaba a desbordarle de nuevo.

—Debimos haber corrido al exterior… hacia el coche…

Ella estaba mirando la puerta. Parecía una figura de cera. Levantó el brazo y señaló hacia allí boqueando sin voz.

Duncan Rogers se volvió en redondo.

Junto a la puerta, corpulento, riéndose en silencio, el pelirrojo Percy Sikes le contemplaba con sus ojos llenos de burla.

—¡No… no puede ser…! —sollozó Rogers.

Vio al aparecido manipular con la llave… darle vuelta…

—¡Quieto! —bramó.

Y comenzó a disparar. Lo hizo con un frenesí histérico. Las balas acertaron todas el corpachón del pelirrojo y agujerearon la puerta más allá de él, pero no consiguieron derribarlo en absoluto.

Sikes, o lo que fuera aquel espectro, giró la llave y la puerta se abrió.

Al otro lado se agolpaban cinco o seis de aquellos seres horrendos, mirándoles con sus cuencas vacías, moviendo sus quijadas podridas sin que ningún sonido brotara de las cavernas purulentas que eran sus bocas.

Rogers continuaba apretando el gatillo a pesar de que la pistola había quedado vacía. Tardó en darse cuenta porque era incapaz de razonar. Oía los alaridos de Ginny como si vinieran de muy lejos y ése era todo el sonido que era capaz de captar.

Estaba viendo al pelirrojo y luego ya no lo vio porque no estaba allí. Tal vez nunca había estado… tal vez el propio Rogers en su demencia de horror había abierto la puerta… tal vez…

Los espectros entraron al fin. Manoteaban el aire con sus zarpas descarnadas y negruzcas. Rogers lanzó la inútil pistola contra ellos y le acertó al primero en mitad de la cara. El cráneo se volatilizó en pedazos y todo el cuerpo pareció sufrir el mismo impacto. Cayó y el deshilachado sudario quedó amontonado sobre unos restos que eran casi polvo.

Los otros siguieron avanzando juntos, espantosamente silenciosos, y boqueaban con sus horrendas bocas descarnadas, y sus dientes negros y podridos parecían chascar con anticipada fruición.

Duncan Rogers llegó a la pared y no pudo retroceder más. Entonces le cayeron encima y fue tanto el horror y el asco que experimentó que ni siquiera pudo luchar.

Le derribaron cayendo sobre él, desgarrándole la piel con sus uñas. Luego, la primera dentellada te desgarró la garganta y él también entró en el infierno.

Ginny había cesado de gritar.

No podía.

Creía que ya no podía siquiera respirar porque toda ella era una

masa de delirante espanto.

Vio saltar la sangre a borbotones entre los horrendos espectros. Oyó el sordo gorgoteo y se imaginó a sí misma bajo aquellos cuerpos, bajo aquellos dientes…

Echó a correr hacia la puerta. No razonaba. Era una masa de instintos de supervivencia, nada más.

En el pasillo se estrelló contra otros aparecidos que se acercaban al cuarto del delirio. Se vio atrapada, sujeta, levantada y arrojada dentro de aquella habitación infernal, y sin poderse sostener fue a enredarse con la masa de cuerpos y sangre, y cayó y ella también supo que estaba muerta porque ellos estaban allí, inclinándose poco a poco, formas carcomidas del infierno vueltas a la vida para matar…

Las manos hechas zarpas la sujetaron. No pudo debatirse porque ya no le quedaban fuerzas.

Así entró ella también en un infierno distinto, más horrendo si cabe.

Y todo era silencio, un silencio de tumba, porque donde estuvieran los muertos su entorno se convertía en tumba…

CAPÍTULO XVI

El inspector Vernon se apeó y a la luz de los faros antiniebla examinó los desparramados miembros de aquello que había aplastado.

Ahora ya no sentía el menor deseo de bromear. Los había visto, y si alguna duda le quedaba allí estaban, huesos y jirones de algo que parecía carne en descomposición, como si los gusanos hubieran dejado sin acabar el banquete final.

Volvió al coche y abrió el portaequipajes. Cuando lo cerró sostenía en las manos la barra de hierro que servía para accionar el «gato».

Casi sin voz, Maureen susurró:

—¿Me crees ahora?

—Sí.

Arrancó de nuevo hacia la casa, sombrío y silencioso. Vieron la ventana abierta y la luz de la biblioteca, pero ni el menor rastro de los otros muertos vivientes.

—Quédate en el coche —gruñó—. Si los ves aparecer, escapa hacía el pueblo. Dejaré el motor en marcha.

—¡Oh, no! Jamás volvería a quedarme sola.

—¡No puedes entrar allí!

—Iré contigo. Encontraré algo con que pelear si los otros están ahí dentro. Contigo ya no tengo tanto miedo, Tony…

—Pues eres única, porque yo estoy temblando, ¡maldita sea!

Se deslizaron por la ventana. Maureen miró en torno y se precipitó hacia la apagada chimenea. Cuando se volvió empuñaba un largo atizador de hierro.

A pesar de las circunstancias, Vernon no pudo menos que sonreír. La gabardina apenas cubría el precioso cuerpo de la muchacha y erguida allí enarbolando el atizador como si fuera una

espada resultaba una imagen que jamás olvidaría.

—¿Vamos? —dijo al fin.

Ella asintió. Atravesaron la puerta abierta. No se oía el menor sonido en toda la inmensa casa.

Al fondo de un pasillo que se abría a la derecha vieron una Luz. Vernon la señaló y dijo con voz muy baja:

—Si están allí quédate atrás, ¿entiendes? Podría golpearte si he de luchar.

Ella asintió y ambos avanzaron. Maureen no pensaba más que en Ginny, en sacarla de allí como fuera…

Vernon atisbé por la puerta del cuarto iluminado. Lo que vio le llenó de un horror viscoso como nunca creyera que pudiera existir.

Oyó a Maureen tras él y saltó deteniéndola.

—¡Vuelve a la biblioteca! —jadeó—. ¡No quiero que lo veas… vete!

—¡Tony…!

—¡VETE!

Parecía como si se hubiera vuelto loco. Espantada, Maureen retrocedió.

Entonces dos de aquellas «cosas» aparecieron en la puerta. Con un rugido de bestia salvaje, Vernon saltó hacia ellos blandiendo la barra de hierro cual si se tratara de una maza.

Los cráneos saltaron en pedazos y el chasquido de los huesos se confundió con los salvajes gruñidos del hombre de Scotland Yard. Los dos monstruos cayeron y él los pisoteó al precipitarse dentro del cuarto gritando, aullando como jamás gritara ser humano alguno.

La barra de hierro silbaba al cortar el aire, y los cuerpos podridos se abatían en pedazos, y los que alargaban sus garras para sujetarlo eran destrozados como si un huracán hubiera penetrado en aquel antro de horror y pesadilla. Vernon golpeaba ciego de una ira demencial, y sus pies chapoteaban en la sangre y los aparecidos eran desmenuzados. Al fin llegó junto al revoltijo del suelo y golpeó casi cerrando los ojos para no ver, y cuando se dio cuenta estaba solo, golpeando aún al vacío, a la nada, porque ya sólo había muerte a su entorno.

Retrocedió a trompicones hasta la puerta, sollozando, gruñendo como un animal herido. Maureen corrió hacia él y Vernon la empujó apartándola de aquella puerta.

La niebla que penetraba por la ventana de la biblioteca flotaba allí semejante a jirones de sudario, de aquellos sudarios que habían cubierto a los que regresaron del infierno.

—¡Tony! —sollozó—. ¡Tony, mírame…!

Él bajó la mirada sin verla. Ante sus retinas aún contemplaba el horror, el espanto demencial de tanta sangre y tanta insania.

—¿Qué había allí, Tony? ¿No me oyes?

—Salgamos de aquí…

—¿Y Ginny?

Él se estremeció.

—Ya no existe.

Maureen estalló en sollozos y él la empujó con rudeza hacia la ventana. Fuera runruneaba el motor del coche y ese sonido mecánico, de este mundo, le serenó.

—¿Y Rogers, también…? —susurró Maureen al sentarse en el auto.

—Muerto de una manera horrible. No comprendo… no comprendo nada…

Condujo de modo maquinal hacia la carretera.

—Hay que avisar… dar cuenta de lo sucedido. Si alguien nos cree porque yo no lo creería jamás si no lo hubiera visto.

—Ellos creerán. Tony. Conocen la leyenda de los Caballeros del Diablo.

—¿Qué?

—Adoraban a Satán en la Edad Media. Raptaban doncellas y se las ofrecían en bárbaros sacrificios o cosas así…

—Cállate.

—Me lo contó el hombre del hotel, Tony.

—¡Cállate!

Ella contuvo el aliento. El rostro del hombre que amaba estaba crispado como si fuera tallado en un pedazo de granito.

Porque Tony, el inspector Vernon recordaba. Y el recuerdo era la cima del horror y la náusea y lo anegaba todo amenazando con resquebrajar los cimientos de la razón humana.

Más allá del cruce de carreteras, Vernon detuvo el coche. Se volvió hacia Maureen llenándose de su hermosa imagen. Un instante después estaban abrazados y sin voz el hombre susurró:

—Ayúdame a olvidarlo, Maureen…

La muchacha le besó y él supo que ya no tenía la frialdad del hielo, sino que volvía a vivir y que nunca más le abandonarla.

Y podría olvidar el horror vivido.

FIN